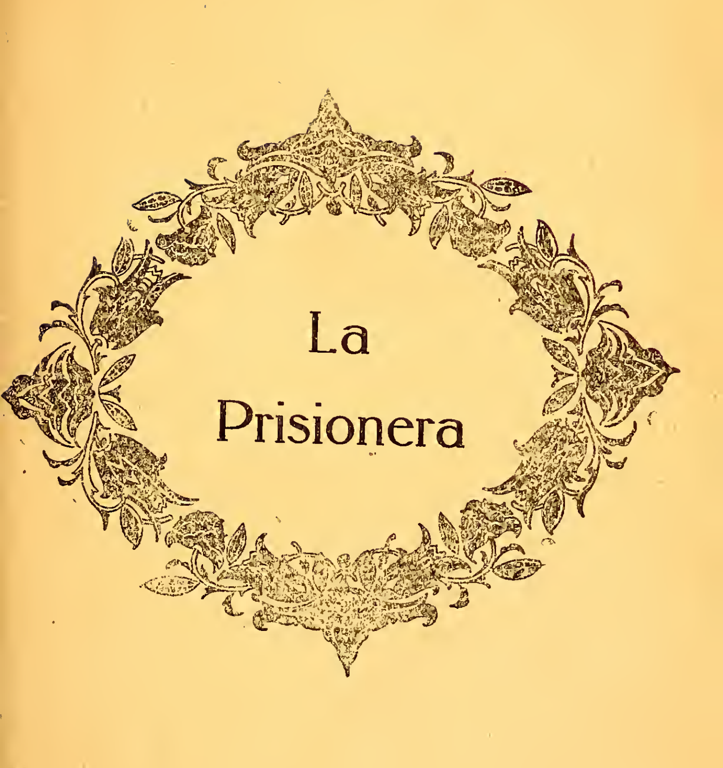
Eduardo Bourdet

La prisionera

Editorial «Cosmópolis»


La
Prisionera

EDUARDO BOURDET

La Prisionera

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada el 6 de Marzo de 1926, en el Teatro Fémina, de París.

TRADUCCIÓN DE ANDRES GUILMAIN



EDITORIAL COSMÓPOLIS
BRETÓN DE LOS HERREROS, 6
MADRID

A Andrés Antoine
Homenaje de gratitud
E. B.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Irene	Mme. Sylvie.
Francisca	» Suzanne Dantés
Gisèle	» Lyliane Garcin
Señorita Marchand	» Rauzena
Josefina	» Mazalto
Santiago	Mr. Pierre Blanchar
Aiguines	» Jean Worms
Montcel	» Arvel
Jorge	» Max Víctor.

ACTO PRIMERO

La habitación de Irene. Puerta a la derecha, que da al tocador; otra al foro, que da al vestíbulo; otra a la izquierda, que da a la habitación de Gisèle. Pocos muebles, pero antiguos y muy buenos; la cama en un hueco del aposento; butaca, sillas, mesa. Sobre ésta, un aparato telefónico. En la pared, algunas fotografías de cuadros de la escuela italiana. En un rincón, un caballete de pintor, vuelto contra la pared.

Al levantarse el telón, la escena está desierta; luego, la puerta de la izquierda se entreabre, y Gisèle asoma la cabeza.

GISELE

¡Irene!... (*Entra y llega hasta la puerta de la derecha.*) ¡Irene!... (*Entre bastidores.*) No está aquí.

SEÑORITA MARCHAND (*apareciendo*)

Ya le he dicho que no había vuelto. No son más que las seis: es demasiado pronto para ella.

GISELE

Me dijo que volvería temprano... Antes de la hora de la comida. Tiene que ayudarme a colocar las flores en la mesa.

SEÑORITA MARCHAND

Yo, en lugar de usted, no contaría mucho con su ayuda. ¿Quiere usted que yo le eche una mano?

GISELE

Preferiría que ella estuviera aquí. Si lo hago yo, no tendrá ninguna elegancia.

SEÑORITA MARCHAND

Entonces...

GISELE

¡Cuánto me molesta que siempre se retrase así!... Y ¿cómo voy a arreglarme para vestirme?

SEÑORITA MARCHAND

Pues, ¿qué necesita?

GISELE

Es preciso que sepa qué vestido he de ponerme.

SEÑORITA MARCHAND

¿Y necesita usted a su hermana para elegirlo?

GISELE

No; pero como somos las dos únicas mujeres que asistiremos a la comida, hace falta que, en

cuanto sea posible, nuestros vestidos hagan juego; ¿comprende?

SEÑORITA MARCHAND

¡Ah! Sí. (*Josefina, doncella, aparece por el foro, llevando una blusa que va a dejar en el tocador.*)

GISELE

¡Ah, Josefina! ¿Le ha dicho Irene qué vestido se pondrá para la comida?

JOSEFINA

No, señorita. No ha dicho nada.

GISELE

¡Qué gracia! ¡Entonces, yo no sé cómo vestirme! (*Josefina sale.*)

SEÑORITA MARCHAND

Póngase el vestido amarillo: es precioso, y le está a usted muy bien.

GISELE

¡El vestido amarillo! ¿Está usted loca?

SEÑORITA MARCHAND

¡Gisèle, no estaría de más un poco de respeto a su institutriz!

GISELE

¡Perdón, señorita! La respeto a usted; pero en

cuestión de vestidos, permítame que le diga que no entiende usted una palabra.

SEÑORITA MARCHAND

Está bien. ¿Y qué es lo que le encuentra usted a su vestido amarillo?

GISELE

Viste demasiado... Papá ha dicho que se trata de una comida política, de americana. Seremos ocho, en total; sólo vendrán diputados, unos colegas de papá y dos senadores. ¡Por lo demás, va a ser un latazo!

SEÑORITA MARCHAND

¡Vamos, Gisèle!

GISELE

¿Qué?

SEÑORITA MARCHAND

Si no mide usted más sus palabras, le aseguro que no brillará nada en Roma. Piense que va usted a ser un personaje casi oficial, allá. La hija de un embajador no es cualquier cosa. Sus expresiones más insignificantes serán recogidas y comentadas, no le quepa duda.

GISELE (*riendo*)

¿No me toma el pèlo?

SEÑORITA MARCHAND

No se dice «tomar el pelo». ¡Cuántas veces le he hecho esta reconvención! Además, cuando no esté usted sola con su hermana, deberá reflexionar un poco antes de hablar. (*El señor de Montcel aparece en el foro.*)

MONTCEL (*sin entrar*)

¿Está aquí Irene?

GISELE

No, papá; no ha vuelto.

MONTCEL (*como hablando consigo mismo*)

¡Naturalmente! (*En voz alta.*) Hola, señorita Marchand. No se moleste. (*A Gisèle.*) Que me avisen en cuanto venga.

GISELE

Bien, papá. (*Montcel se dispone a salir.*) ¡Papá!

MONTCEL

¿Qué?

GISELE

Si es para algo de la comida por lo que quieres ver a Irene, puedes decirme a mí lo que...

MONTCEL

No; no se trata de la comida.

GISELE

¡Ah! Bueno.

MONTCEL

Que me avise en cuanto vuelva, ¿eh? Aunque haya gente en mi despacho.

GISELE

Sí, sí, papá. (*Montcel sale.*) Se prepara la tormenta. La sentía venir.

SEÑORITA MARCHAND

¿Ocurre algo entre Irene y su padre?

GISELE

Hace ocho días que no se dirigen la palabra. «Buenos días, buenas noches», y eso es todo. ¡Bien lo vamos a pasar en Roma, si esto continúa así! Aquí, después de todo, papá está fuera tres días de cada cuatro. Pero allá...

SEÑORITA MARCHAND

¿Y a qué se debe esa situación?

GISELE

¡Ah!... Eso es un misterio. (*Pausa.*) ¿No se acuerda usted cuando, el otro día, al final del almuerzo, Irene preguntó a papá si podía escucharle unas palabras en su despacho?

SEÑORITA MARCHAND

Sí; lo recuerdo perfectamente.

GISELE

Pues bien; desde entonces están así. ¿Qué es lo que se dijeron? No lo sé. Se lo he preguntado a Irene, pero no he podido sacarle nada. Me ha dicho que no me preocupe, que todo se arreglará, y ha hablado de otra cosa. Y he comprendido que no debía insistir.

SEÑORITA MARCHAND

¿No cree usted que su padre está enfadado con Irene por haber rechazado a ese señor?

GISELE

¿Qué señor?

SEÑORITA MARCHAND

Ya sabe usted: ese joven que conocía su tía...

GISELE

¡Oh! ¿Usted cree? ¡Eso es ya viejo! Data de más de un mes. Hace mucho tiempo que se ha olvidado. Como, además, es el tercer pretendiente que Irene rechaza en un año, supongo que papá ya se habrá acostumbrado... ¡Oh, no, no! Se trata de otra cosa.

SEÑORITA MARCHAND

Quizá su padre empiece a darse cuenta de que

Irene lleva una existencia un poco anormal para una joven...

GISELE

¡Ah, por fin! ¡Hacía mucho tiempo que no se lamentaba usted de la conducta de la pobre Irene, señorita!

SEÑORITA MARCHAND

¡Oh! Si yo no me lamento en modo alguno. Además, eso no me incumbe. ¡No me incumbe ya, gracias a Dios! Si estuviese encargada todavía de su educación, me lamentaría, quizá, y con motivo. ¡Pero, afortunadamente, no nos hallamos en ese caso.

GISELE

En fin, de todos modos, usted no querrá que, a los veintisiete años, Irene lleve la misma existencia que yo, que tengo diez y ocho.

SEÑORITA MARCHAND

¿Por qué no? La mayor de los Robien tiene veintiséis años y su hermana diez y ocho como usted. Pues bien; viven exactamente de la misma manera: no salen más que con su madre o con su institutriz.

GISELE

¡Supongo que no comparará usted a esa estúpida de Valentina de Robien con Irene!

SEÑORITA MARCHAND

Son dos muchachas de la misma edad y de la misma clase social.

GISELE

¡Vamos! Demasiado sabe usted que Irene no es una muchacha como las demás.

SEÑORITA MARCHAND

¿Y por qué?

GISELE

¿Usted conoce muchas tan inteligentes, tan cultas, tan seductoras, en todos los órdenes, como ella?

SEÑORITA MARCHAND

¿Y qué?

GISELE

¡No se puede pedir a un ser así que viva como una oca blanca, entre su hermanita y su institutriz! ¡Se moriría de tedio!

SEÑORITA MARCHAND

No sé si se moriría de tedio, como dice usted tan amablemente; pero ello sería mejor para su reputación, que pasarse el tiempo fuera, siempre sola y sin decir nunca adónde va.

GISELE

¿Cómo? ¿Adónde va? Va al estudio, a casa de su profesor, ¡vaya! Va a pintar.

SEÑORITA MARCHAND

Sí... ¡En fin!

GISELE

¿Qué? ¿No lo cree usted?

SEÑORITA MARCHAND

Sí, querida, sí lo creo. Estoy segura de ello; pero ¿qué quiere usted?, esa no es una existencia propia de una joven: no me sacará usted de ahí. Así no es como se encuentra un buen marido.

GISELE

¡Oh! Eso no me inquieta... El día que Irene quiera...

SEÑORITA MARCHAND

El día que quiera, quizá sea demasiado tarde. En fin; todo eso, no me incumbe a mí; le incumbe a su padre.

GISELE

¡Oh! ¡Para lo que se ocupa de eso papá!... Evidentemente, preferiría que nos casásemos las dos, para librarse de nuestra carga... Así podría ha-

cer todas sus comidas en casa de la señora de Gallon. ¡Viviría encantado!

SEÑORITA MARCHAND

¡Gisèle! ¿Quiere usted no hablar así de su padre?

GISELE (*sonriendo a medias*)

¿Cómo? No he dicho nada malo. Está en su derecho al preferir la cocina de la señora de Gallon a la nuestra. Parece que, en efecto, tiene un jefe notable... Yo me pregunto cómo se las va a arreglar papá en Roma. A menos que no se la lleve consigo, como se la llevó a Bruselas... ¿Usted cree que se la llevará?

SEÑORITA MARCHAND

Gisèle, le ruego que deje ese asunto. ¡Eso es muy incorrecto!

GISELE

¡Bueno! No se enfade. ¡Ya me callo! (*Va a besarla, riendo*). ¡Pobre señorita! (*Se abre la puerta del foro y aparece Irene. Gisèle se vuelve*). ¡Ah! ¡Aquí está!

IRENE

¿Qué hacen ustedes aquí las dos?

GISELE

Te estábamos esperando. ¿Tú sabes la hora que es?

IRENE

Sí; me he retrasado. No conseguía encontrar un taxi.

GISELE

Díme en seguida qué vestido te vas a poner esta noche.

IRENE

¿Qué vestido?...

SEÑORITA MARCHAND

Gisèle, no olvide el encargo que le ha dado su padre para Irene.

GISELE

¡Ah, sí! Papá ha venido a decir que le avisásemos cuando hubieras vuelto.

IRENE

¡Ah!

GISELE

Ha dicho que lo hiciéramos aunque tuviese visitas.

IRENE (*como hablando consigo mismo*)

¡Ah, ah!

GISELE

¿Quieres que vaya?

IRENE

Sí; haz el favor.

SEÑORITA MARCHAND (*a Gisèle*)

Voy a despedirme de usted, querida. Son las seis dadas. Me voy.

GISELE

Espere un instante. Ahora vuelvo. (*Irene, que se ha quitado su sombrero y su capa, queda pensativa. Gisèle sale*).

SEÑORITA MARCHAND

¿Cómo va su pintura, Irene? ¿Está usted satisfecha?

IRENE (*distraída*)

¿Qué?... ¡Ah! Sí; gracias, señorita.

SEÑORITA MARCHAND

¿Progresa usted?

IRENE (*como antes*)

Un poco; sí.

SEÑORITA MARCHAND

¿Y le sigue a usted interesando mucho?

IRENE (*como antes*)

Sí, sí; lo mismo. (*Un silencio.*)

GISELE (*reapareciendo*)

Papá ha dicho que va a venir.

IRENE

Bien.

SEÑORITA MARCHAND

Adiós, Irene.

IRENE

Adiós, señorita. (*Se estrechan la mano*).

SEÑORITA MARCHAND (*a Gisèle, besándola*)

Hasta mañana, querida.

GISELE (*acompañándola*)

Hasta mañana. Tengo lección de italiano a las dos. Venga usted a eso de las tres ¿quiere?

SEÑORITA MARCHAND

Convenido.

GISELE

Iremos a dar una vuelta por el Bosque, si hace buen día... (*Salen. Gisèle vuelve casi inmediatamente. A Irene.*) No me has dicho qué vestido te vas a poner.

IRENE

No lo sé, rica. El que tú quieras; me es completamente igual.

GISELE

Entonces, el malva, ¿quieres? Yo me pondré el rosa. Ya sabes; el nuevo; para estrenarlo.

IRENE

Bien. Díme, ¿no sabes de qué quiere hablarme papá?

GISELE

No. Le he preguntado si era a propósito de la comida, y me ha respondido que no. Eso es todo lo que puedo decirte.

IRENE

¿Qué aspecto tenía?

GISELE

Más bien serio... Ahora que, como sabes, eso no quiere decir nada. ¡Casi nunca está alegre! (*Montcel aparece por el foro*).

MONTCEL

Gisèle, ¿quieres dejarnos solos, hija mía? Tengo que hablar con Irene.

IRENE

Sí, papá. (*Sale*).

MONTCEL (*después de un silencio*)

Comienzo por decirte, querida hija, que la conversación que vamos a tener es extremadamente

grave. Mi actitud con respecto a tí en el porvenir depende de ella. (*Pausa*). Antes de adoptar ninguna resolución, he querido darte tiempo para que reflexiones. ¿Lo has hecho?

IRENE

Sí, papá.

MONTCEL

Entonces, ¿quieres decirme cuál ha sido... el resultado de tus reflexiones?

IRENE

No he cambiado de opinión, papá.

MONTCEL

Lo que quiere decir...

IRENE

Te suplico que me dejes aquí cuando te marches a Roma.

MONTCEL

¡Ah!... Por consiguiente, estos ocho días no han servido de nada. Insistes en pedirme una cosa que, como sabes muy bien, es imposible.

IRENE

Insisto en pedírtela, pero no veo que sea imposible.

MONTCEL

Bien. (*Pausa*). ¿Persistes igualmente en no que-

rer decirme la causa de esa extraordinaria pretensión?

IRENE

¡Si ya te la he dicho, papá!

MONTCEL

Me has dicho que querías quedarte en París para dedicarte a tu trabajo, a tu pintura. Es así, ¿no es verdad?

IRENE

¡Sí!

MONTCEL

Irene, contesta a lo que te pregunto: ¿quieres o no decirme cuál es el verdadero motivo?

IRENE

¡Pero si no hay otro!

MONTCEL

¡Vamos, eso es pueril! Si se tratase de ir a una isla desierta o al fondo del Sahara, tu pretexto tendría al menos el mérito de la verosimilitud; pero se trata de ir a habitar en Roma; en el centro de Italia, tierra clásica de las artes; de esa Italia adonde, el año pasado, me pedías sin tregua que te dejase ir, y de donde, siempre con el pretexto de tu trabajo y de tu pintura, no se te

podía hacer volver... Verdad es que habías hecho amistad con esa gente, con esos... Aiguines, que parecen haberse convertido desde entonces en el centro de todas tus preocupaciones...

IRENE

¿Qué tienen que ver en este asunto los señores de Aiguines?

MONTCEL

Yo soy el que podría acaso preguntártelo; pero me limitaré, ya que estamos hablando de ellos, a volver a decirte que deploro esas relaciones.

IRENE

¿Por qué?

MONTCEL

Porque no es una amistad digna de tí.

IRENE

Pues, ¿qué se les puede reprochar?

MONTCEL

Muchas cosas. Ya no es una buena nota que haya tenido que abandonar la diplomacia en el momento de su matrimonio.

IRENE

¡Se ha casado con una extranjera!

MONTCEL

Con una austriaca; ya lo sé.

IRENE

¿Y... qué más?

MONTCEL

Si quieres, dejaremos a un lado la cuestión de los Aiguines. Volvamos a Roma, donde, como te decía antes, estarás admirablemente situada para continuar cultivando la pintura, si esto te causa placer.

IRENE

Cuando se ha comenzado a trabajar con un maestro, no conviene cambiar. Y el mío no está en Roma, sino que está aquí.

MONTCEL

¿Trabajas mucho con tu maestro?

IRENE

Sí; naturalmente.

MONTCEL

Todos los días, me figuro...

IRENE

Casi todos; sí.

MONTCEL

¡Eso no es verdad!

IRENE

¿Qué?

MONTCEL

He ido a ver a tu maestro.

IRENE

¿Has ido a verle?

MONTCEL

Hoy mismo. He querido salir de dudas. He ido a preguntarle si estaba satisfecho de su alumna. Y he salido de su casa enterado del verdadero lugar que la pintura ocupa en tu vida.

IRENE

¿Qué te ha dicho?

MONTCEL

Sencillamente, que no te había visto en su estudio desde hacía un mes.

IRENE

He estado trabajando en el Louvre... en una copia.

MONTCEL

¿De verdad? Pues bien; en ese caso, regocíjate, querida hija: encontrarás en Roma un gran número de museos, de galerías, donde podrás copiar algunos de los mejores cuadros del mundo.

IRENE

Pero, en fin, ¿por qué tienes tanto empeño en que yo vaya a Roma?

MONTCEL

Porque una muchacha debe vivir al lado de su familia, y tu familia, hasta el día en que te cases, soy yo, tu padre..., aunque parece que lo olvidas demasiado.

IRENE

Si yo lo olvido, papá, acaso sea porque tú no te has acordado siempre de ello.

MONTCEL

¿Qué quiere decir eso?

IRENE

¡Oh! Nada...

MONTCEL

¡Cómo nada! Vas a explicarte; lo exijo.

IRENE

...Si el puesto de una joven está al lado de su padre, ¿por qué no te preocupaste de llamarnos cuando estabas en Bruselas?

MONTCEL

Por razones de instalación; ya te lo he explicado.

IRENE

¡Oh! Solamente por eso, ¿no es verdad?

MONTCEL

¡Ah! Pero, ¿cuál de nosotros dos tiene que rendir cuentas al otro aquí? ¿Tú o yo?... Basta. Piensa de mí lo que gustes; me es igual. Pero yo soy tu padre, y quiero que me obedezcas... He creído, hasta ahora, que eras una muchacha formal y capaz de caminar sola en la vida; te he tratado como a tal, y me he equivocado. En adelante, te trataré como te mereces. Partiré para Roma en cuanto mi sucesor llegue aquí, es decir, en los primeros días del mes próximo, y tú partirás al mismo tiempo que yo, con tu hermana.

IRENE (*suavemente*)

No, papá.

MONTCEL

¿Qué dices?

IRENE

Que no iré; ya te lo he dicho.

MONTCEL

¡Irás, de grado o por fuerza!

IRENE

¡Oh! Eso...

MONTCEL

Ten cuidado, Irene. Deberías conocerme, sin embargo, y saber que cuando he decidido una cosa es peligroso tratar de oponerse a ella. He roto en mi vida resistencias más sólidas que la tuya, ¡créelo!

IRENE

Tú también deberías conocerme, papá. Soy hija tuya, y en eso nos parecemos.

MONTCEL

¡Basta! No tengo por qué tomar en cuenta tus amenazas.

IRENE

No son amenazas. Pero tengo veintisiete años; ya no soy una niña, y comprenderás que no te habría hablado como lo hice el otro día, si no estuviese también absolutamente decidida...

MONTCEL

¿Decidida a qué? ¿A quedarte en París?

IRENE

Sí.

MONTCEL

¿Y dónde te quedarías?

IRENE

Pues... aquí.

MONTCEL

¡Ah, no! Aquí, no. Lo siento mucho, pero he decidido subarrendar el cuarto, que es muy caro y no hay ningún motivo para conservarlo, desde el momento en que no viva ya en París.

IRENE

¡Ah!...

MONTCEL

Te ruego, pues, que me digas a dónde irás.

IRENE

Pues, bien... Supongo que iré a un hotel.

MONTCEL

¿Y cómo vivirás? ¿Con qué dinero? Con el mío no, desde luego. No obtendrás de mí un céntimo ya.

IRENE

¡Pero, papá!...

MONTCEL

Ni un céntimo, ¿entiendes? Mientras yo viva. Y he de advertirte, aun a riesgo de disgustarte, que mi salud no me inspira hasta ahora ninguna inquietud. (*Pausa*). ¡Ah! Este es un nuevo aspecto de la cuestión, ¿verdad?

IRENE

Si crees convencerme por esos medios...

MONTCEL

Si éstos no bastan, hay otros...

IRENE

¿Cuáles?

MONTCEL

Voy a decírtelo. No únicamente no obtendrás un céntimo mío, sino que será para mí como si no existieses ya. No volveré a verte nunca... Ya sé yo que eso te tiene sin cuidado. Tu cariño filial soportará valientemente esta separación, no lo dudo; pero quizá te impresione más saber que no te dejaré nunca que vuelvas a ver a tu hermana.

IRENE (*sobrecogida*)

¡Oh!

MONTCEL

¡Nunca!

IRENE (*alterada*)

¿Tú harás eso?

MONTCEL

¡Oh, ya lo creo!

IRENE

¡Es abominable!

MONTCEL

No sé si es o no abominable; pero mi deber es

protegerla contra tí, y eso lo haré; te lo garantizo.

IRENE

¡Protegerla contra mí! ¿Pero tú te has dado cuenta, papá, de lo que has dicho? ¿Qué sería sin mí de la pobrecita? ¿Quién la querría? ¡No tiene a nadie más que a mí en el mundo!

MONTCEL

¡Vaya! ¿Y yo? ¿No soy nadie?

IRENE

¿Tú?... ¡Vamos, papá!...

MONTCEL

¿Qué? ¡Habla, acaba tu pensamiento!... No me quiere, ¿verdad? ¿Es eso? ¿No me queréis, ni la una ni la otra?

IRENE (*sin violencia*)

Y tú, papá, ¿nos quieres a nosotras? ¿Te has preocupado mucho, te has molestado mucho por nosotras, en la vida? ¡Hay que decirlo, al cabo, puesto que hemos llegado a esto! ¿Cómo ha sido nuestra infancia? ¡Te aseguro que no muy alegre!... Siempre solas, en compañía de los criados. Si Gisèle no me hubiese tenido a mí, como yo la he tenido a ella, no habríamos conocido cariño alguno desde que murió mamá.

MONTCEL

¿Va a comenzar de nuevo esa historia?

IRENE

No, papá. Ya ha terminado... Has hecho lo que has querido. No tenemos por qué juzgarte; no es ese nuestro papel. Unicamente, si crees que, después de habernos acostumbrado, durante quince años, a serlo todo la una para la otra, ahora puedes separarnos, te equivocas, y eso es todo.

MONTCEL

Pero dime: si te consideras necesaria para tu hermana hasta ese punto, ¿cómo te propones quedarte aquí mientras ella permanezca en Roma?... ¿Eh?... ¡Explícame eso!

IRENE

¿Por qué no había de quedarse aquí ella también?

MONTCEL

¿Contigo?... ¿Bajo tu cuidado?... ¡Ah! ¡Pero, entonces tú estás completamente loca!... ¿Imaginas que yo podría confiarte esa criatura?... ¡A tí! ¡A tí!... ¡Estaría bonito!

IRENE

¿Qué quieres decir con eso?

MONTCEL

Quiero decir que tu hermana es un ser puro y limpio. ¡Y quiero que, por lo menos ella, continúe siéndolo! ¡Eso es!

IRENE

¡Oh!... Papá...

MONTCEL

Lo siento, pero digo lo que pienso, lo que tu conducta me obliga a pensar. Si me equivoco, justifícate.

IRENE

No tengo de qué justificarme.

MONTCEL

¡Pardiez! Si el motivo que tienes para querer quedarte aquí fuese de los que una hija puede confesar a su padre, hace mucho tiempo que lo hubieras declarado.

IRENE

Ya te he dicho que la pintura...

MONTCEL (*mirándola*)

Te creía más inteligente. En el punto en que estamos, yo diría la verdad en tu lugar. Sería mejor... (*Irene calla*). ¿No quieres?... Pero, ¿no ves que tu silencio es el cargo más aplastante para tí? ¿Te figuras que después de lo que supongo ya

y de lo que quizá adivino, me será difícil saber lo demás?

IRENE

¿Qué supones?

MONTCEL

¿Quieres que lo diga?

IRENE

Sí.

MONTCEL

Supongo que, si no quieres venir a Roma, es porque hay alguien que te retiene en París... Es eso, ¿no es verdad?... ¡Responde!... Escucha, Irene: estoy decidido a poner este asunto en claro, ¿me comprendes? Obstinándote en no decirme nada, me expones sencillamente a hacer gestiones extremadamente desagradables, que todavía me puedes evitar.

IRENE

¿Qué gestiones?

MONTCEL

¡Eso es cuenta mía! Pero te garantizo que sabré la verdad. Iré a pedirla allí donde puedo obtenerla, y tendrán que decírmela.

IRENE

¿Dónde?

MONTCEL

¡Ah! Quisieras saber a quién me dirigiré, ¿verdad?

IRENE

Sí. ¿A quién?

MONTCEL

A las personas a quienes debo suponer al corriente de los detalles más insignificantes de tu existencia; a tus amigos los de Aiguines, puesto que quieres saberlo todo.

IRENE (*sobrecogida*)

¿Estás loco, papá?

MONTCEL

No lo creo.

IRENE (*haciendo un esfuerzo*)

Pero... ¿cuál es la razón... de preguntar una cosa semejante a los señores de Aiguines?

MONTCEL

Es una idea que se me ha ocurrido a consecuencia de ciertas observaciones que he hecho. Y es una idea que considero buena. ¡Eso es!

IRENE

¿Qué observaciones has hecho?

MONTCEL

Me permitirás que me las reserve hasta que lo crea conveniente.

IRENE

Pero tengo derecho a saber...

MONTCEL

¡No!... (*Pausa*). Parece preocuparte de un modo extraño que haga esa gestión...

IRENE

¿A mí? ¡Oh! De ningún modo... Te aseguro que me da lo mismo.

MONTCEL

¿De veras?... ¿Entonces por qué te has puesto pálida de pronto, cuando he pronunciado el nombre de Aiguines?

IRENE (*turbada*)

¡Pero si no me he puesto pálida!

MONTCEL

¡Sí! (*Pausa*). Además, es muy sencillo... (*Saca el reloj*). Vamos a salir de dudas en seguida...

IRENE

¿Qué vas a hacer?

MONTCEL

Rogar al señor de Aiguines que venga inmediatamente a hablar conmigo.

IRENE

Tú no harás eso. papá.

MONTCEL

Vas a verlo. (*Retrocediendo*).

IRENE (*siguiéndole*)

¡Pero, si te digo que es inútil, que no sabrás nada!...

MONTCEL

Eso es ya un comienzo de confesión. Entonces, escúchame: si dentro de dos minutos no has pronunciado el nombre que espero, quieras o no, se lo preguntaré al señor de Aiguines.

IRENE (*trastornada*)

Papá... ¡Te suplico que no hagas eso!

MONTCEL

¡Entonces, habla!... ¿Por quién tratas de quedarte en París?... ¿Quieres decirlo, si o no?

IRENE (*enloquecida*)

Pero...

MONTCEL (*después de una pausa*)

¡Vamos! ¡Basta ya! (*Llega a la puerta del foro*).

IRENE (*suplicante*)

¡Papá! ¡No! Papá...

MONTCEL

¿Qué?

IRENE

Es por... Santiago...

MONTCEL (*sorprendido*)

¿Por Santiago? (*Se aproxima*). ¿Qué Santiago? ¿Santiago Virieu?

IRENE

Sí.

MONTCEL (*como antes*)

¿Es por Santiago por quien quieres quedarte en París?

IRENE (*nerviosamente*)

¡Pues bien; sí!

MONTCEL

¡Caramba!... (*Pausa*). ¿Qué es lo que ha pasado entre vosotros?

IRENE

¡Oh!..., Nada.

MONTCEL

¿Cómo, nada?

IRENE

Nada grave; tranquilízate.

MONTCEL

Escucha: no juguemos con las palabras, ¿sabes? Te prevengo que todo lo que me dices será comprobado.

IRENE

Sí, papá.

MONTCEL

Te aconsejo, por lo tanto, que no me ocultes nada. Ahora, responde a mi pregunta: ¿Qué ha pasado entre vosotros?

IRENE (*haciendo un esfuerzo*)

Pues bien, hace mucho tiempo que sentimos gran afecto el uno por el otro y hemos pensado... en fin, yo he pensado que podría casarme con él...

MONTCEL

¿Me lo dices todo?

IRENE

Sí, papá.

MONTCEL

¿Queréis casaros?

IRENE

He dicho que yo quisiera... En fin, que lo desearía.

MONTCEL

¿Y él?

IRENE

El, no lo sé.

MONTCEL

¿Cómo?... ¿No te ha hablado de sus intenciones?

IRENE

No.

MONTCEL

¿Entonces?...

IRENE

No me ha hablado todavía de ello.

MONTCEL

¿Y supones que se dispone a hacerlo?... ¿Eh?... ¡Vamos, habla, explícate! ¡Hay que arrancarte las palabras!

IRENE

No estoy segura de nada...

MONTCEL

Pero, en fin... Tú le amas, y, si me pidiese tu

mano, estarías dispuesta a casarte con él, ¿no es eso?

IRENE (*después de una pausa*)

Sí.

MONTCEL

¿Y es por ese proyecto por lo que querías permanecer en París?

IRENE

Sí.

MONTCEL

Bueno; ¿y por qué no me lo has dicho todo, sencillamente, en lugar de hacer todo ese misterio?... ¿Eh?...

IRENE

Este secreto no era mío.

MONTCEL

No es traicionar un secreto como ese confiárselo a un padre. Tanto más, cuanto que debías haberte dado cuenta de que tu proyecto no podía contrariarme en nada... Santiago Virieu, por parte de su madre, es pariente nuestro... Os conocéis desde vuestra infancia. Pertenece a nuestra clase social. Es un muchacho formal, que merece toda mi estimación. Ese negocio de electricidad en Marruecos le asegura ahora cuantiosos be-

neficios. ¡Yo no tenía ningún motivo para oponerme a tu deseo!

IRENE

No quería hablarte de una cosa. . . que quizá no exista más que en mi imaginación.

MONTCEL

¿Por qué? ¿Qué inconveniente había?

IRENE

Nunca es agradable exponerse a una decepción de esa especie: debes comprenderlo.

MONTCEL

Hay casos en que debemos saber dejar a un lado nuestro orgullo. En lugar de desconfiar de mí, deberías hacer comprendido que yo era tu auxiliar más indicado. . . Comprendo perfectamente que no puedes ir a pedirle a ese muchacho que te revele sus intenciones: no es ese tu papel. En cambio, yo puedo hacerlo perfectamente, sin que por ello padezca tu amor propio.

IRENE (*alarmada*)

¡Pero, papá. . . eso es imposible!

MONTCEL

Es tan posible, hija mía, que le hablaré mañana mismo.

IRENE (*como antes*)

¡No hablas en serio!

MONTCEL

Tranquilízate: no te pondré en evidencia. Ni siquiera aludiré a nuestra conversación.

IRENE

Pero, papá...

MONTCEL (*continuando*)

Le diré que, desde hace algún tiempo, diversos indicios me han llevado a suponer que tú sentías una... inclinación secreta hacia alguien; que te he observado con más atención; que he creído comprender, sin que, por otra parte, tú me hayas dicho una palabra, que se trataba de él, y... que, en el momento de abandonar París, para mucho tiempo quizá, deseo saber si tiene algo que decirme, sencillamente...

IRENE

¡Papá, te ruego que no le hables!

MONTCEL

Lamento muchísimo contrariarte, pero soy mejor juez que tú en este caso. Y tú me agradecerás algún día la gestión que voy a hacer.

IRENE

¡No quiero que la hagas!

MONTCEL

¿Prefieres irte a Roma sin saber nada?

IRENE

Prefiero esperar, y no precipitar las cosas.

MONTCEL

¿Esperar qué? ¿Que se decida? No olvides que me marcho dentro de tres semanas.

IRENE

¡Oh! Naturalmente, en tres semanas no puede haber un gran cambio.

MONTCEL

Entonces...

IRENE

Por eso es por lo que quiero quedarme.

MONTCEL

¡Eso, bajo ningún pretexto!... A menos que no se haya declarado formalmente; y, aun entonces..., ya veremos.

IRENE

¡Pero, puesto que tienes confianza en él, como acabas de decir!...

MONTCEL

No, no insistas; es completamente inútil. Le hablaré, según te he anunciado, y...

IRENE

Por última vez, papá, te pido que no hagas eso.

MONTCEL

¡Basta, hija mía! Mi resolución está tomada: no cambiaré de opinión. Y hagamos punto por esta tarde, si quieres. Ya son las seis y media, y es preciso que vaya todavía al Ministerio antes de comer. (*Se aleja.*) ¡Ah!... Pondrás a Dardennes a tu derecha, y a Couvreur a tu izquierda. Comeremos a las ocho y cuarto. (*Sale. En el semblante de Irene se refleja una gran ansiedad en cuanto queda sola. Se sienta y reflexiona unos momentos; luego, se levanta bruscamente, va a la mesa y descuelga el receptor telefónico.*)

IRENE (*en el teléfono*)

Elíseos 24-51... Sí... Oiga. ¿Elíseos 24-51?... Quisiera hablar con el señor Santiago Virieu... ¿Eres tú, Santiago?... No reconocía tu voz. ¿Reconoces tú la mía?... Bueno. Escucha, Santiago, ¿podría verte?... Sí... Si quieres; pero, ¿no sería posible en seguida, por casualidad?... Entonces, ¿quieres venir a casa?... Gracias; te espero... ¿Qué?... Ya te diré; por teléfono no puedo... Hasta ahora. (*Vuelve a colgar el receptor, y se queda un momento pensativa; aparece Gisèle por la izquierda.*)

GISELE

¿Puedo entrar? ¿No te molesto?

IRENE

No, monina... ¿Estás ya arreglada?

GISELE

Es tarde, ¿sabes?, y no hemos colocado las flores.

IRENE

Hazlo tú sin mí; seguramente, no tendré tiempo.

GISELE

Bien. Quedará horrible, pero ¡qué le hemos de hacer!

IRENE

No; no quedará horrible. ¡Qué tonta eres!... Llama a Josefina, ¿quieres? Tengo que vestirme.

GISELE (*después de haber llamado*)

Dime, Irene...

IRENE

¿Qué?...

JOSEFINA (*apareciendo en el foro*)

¿Ha llamado la señorita?

IRENE

Sí, Josefina; prepare mi vestido de crespón de China en el tocador: voy a vestirme en seguida.

GISELE

¡Pero si me habías dicho que te pondrías el vestido malva!

IRENE

¡Ah, es verdad! ¡Mi vestido malva, Josefina!

JOSEFINA

Bien, señorita. (*Sale por la derecha.*)

IRENE

¿Ibas a preguntarme algo?

GISELE

¡Ah, sí! Hace un momento, mientras estaba en mi habitación, he oído decir a papá...

IRENE (*inquieta*)

¿Has oído a papá?

GISELE

¡Oh! No lo he hecho a propósito, ¿sabes? No estaba escuchando a la puerta; no tengo esa costumbre. Pero hubo un momento en que papá habló tan fuerte que, a pesar mío, oí lo que decía.

IRENE

¿Y qué es lo que decía?

GISELE

Decía: «¡Partirás! ¡Partirás de grado o por fuerza!»... ¿Acaso se refería... a Roma?

IRENE

Sí.

GISELE

¿Cómo?... ¿No vendrás a Roma?... ¡Irene!... ¿Es eso verdad?...

IRENE

Todavía no lo sé, querida. No te preocupes.

GISELE

¡No irás a dejarme marchar sola con papá!

IRENE

...Puede ser que sí.

GISELE (*desesperada*)

¡Oh!...

IRENE

¡Pero si te divertirás mucho en Roma! ¡No sabes cuán hermoso es aquello! Además, tratarás una gente encantadora. Serás halagada. La única mujer de la Embajada. ¡Considera! ¡Te prometo que te divertirás enormemente!

GISELE

¿Sin ti?

IRENE (*con ternura*)

Sí, querida; aun sin mí.

GISELE

¿Cómo quieres que me divierta en cualquier parte donde tú no estés?

IRENE (*estrechándola en sus brazos*)

¡Nena mía!

GISELE

¡Oh! Si tú me abandonas, entonces. . .

IRENE

¡Abandonarte yo! ¡Demasiado sabes que eso es imposible!

GISELE

¡Entonces, di! ¿Qué va a ser de mí sin ti?

IRENE (*después de una pausa*)

¿Preferirías mejor quedarte aquí conmigo?

GISELE

¡Oh, naturalmente que sí!

IRENE

¿Pero no sentirás haber dejado de ir a Roma?

GISELE

Me hubiera gustado ir contigo; pero sin ti, no. Prefiero quedarme aquí.

IRENE

¿De verdad?

GISELE

De verdad.

IRENE

Entonces, ¿quieres que trate de conseguir de papá que te deje a ti también? Será difícil de lograr; pero maniobrando hábilmente, acaso consienta...

GISELE

¡Oh, sí; te lo ruego!

IRENE

Bueno. Déjame hacer, pero no le digas nada a nadie, ni aun a la señorita Marchand, ¿eh?

GISELE

Bien.

JOSEFINA (*apareciendo por la derecha*)

Si la señorita quiere vestirse...

IRENE

Sí; voy. (*Pasa a la derecha, al tocador. Gisèle se queda sola en escena.*)

GISELE

No me has dicho nada de mi nuevo vestido.

IRENE (*entre bastidores*)

¡Es verdad! Perdóname. (*Gisèle se aproxima a la puerta entreabierta.*) Muy bonito, rica.

GISELE

¿No te parece que la falda es demasiado larga?

IRENE (*entre bastidores*)

No; yo la encuentro bien.

GISELE (*recogiéndose el bajo de la falda*)

Mira. ¿No estaría mejor así?

IRENE (*entre bastidores*)

Como tú quieras; pero también estaba bien antes.

GISELE

¡Oh, qué cargante eres! ¿No puedes darme tu opinión?

Pues bien, no... Eso es un poco corto para ti. No sería correcto.

IRENE (*entre bastidores*)

No sería correcto.

GISELE

¿Tú crees?... ¡Oh! La he acortado apenas cuatro centímetros.

IRENE (*entre bastidores*)

Te sobra tiempo de enseñar las piernas.

GISELE

¿Sí? ¿Y si se vuelven a llevar las faldas largas el año que viene? ¡Ah!

IRENE (*entre bastidores*)

¡Ah!...

GISELE

Me agradaría acortarla sólo dos centímetros. ¿Qué te parece?

IRENE (*entre bastidores*)

Bueno. Vaya por los dos centímetros.

GISELE (*a Josefina que entra por la derecha y va hacia el foro, llevando la capa de Irene*)

¿Oye usted, Josefina? Dos centímetros.

JOSEFINA

Sí, señorita.

GISELE

Yo le pondré unos alfileres mañana por la mañana. Por esta noche, la dejo como está, naturalmente. Además, esta noche... (*Hace un gesto*), eso no tiene importancia.

IRENE (*entre bastidores*)

¡Josefina!

JOSEFINA

Señorita.

IRENE (*apareciendo*)

El señor Santiago Virieu va a venir a verme. En cuanto llegue, hágale pasar directamente aquí. ¿Ha comprendido usted?

JOSEFINA

Sí, señorita. (*Sale por el foro. Gisèle ha cogido de encima de la mesa un ramillete de violetas que Irene, cuando ella llegó, tenía en la mano, y, distraídamente, aspira su perfume.*)

GISELE (*alegremente*)

¿Va a venir Santiago? (*Irene ve las violetas en las manos de Gisèle, se las quita, sale un segundo por la derecha, vuelve con un florero donde mete las flores y lo coloca encima de la mesa. Gisèle la ha estado contemplando, un poco asombrada, sin decir nada.*) Dí, Irene...

IRENE

¿Qué?

GISELE

¿Va a venir Santiago?

IRENE

Sí; lo estoy esperando.

GISELE

¡Qué bien! ¡Me gustaría verle!... ¡Qué simpático es Santiago!... ¿Pero no se queda a comer?

IRENE

No. Le he rogado que venga a verme un instante, porque... tengo que decirle una cosa... Y tú serás tan amable que, cuando le hayas saludado, me dejes sola con él.

GISELE

¡Entendido, entendido!

IRENE

Gracias, nena. ¡Eres una hermanita adorable! No haces nunca ninguna pregunta, no pides ninguna explicación...

GISELE

Procuro no mezclarme en lo que no me concierne, y nada más.

IRENE

Sí; pero, ya ves, es raro encontrar personas como tú. (*Josefina abre la puerta del foro e introduce a Santiago.*) Buenas tardes, Santiago.

SANTIAGO

Buenas tardes, Irene. (*A Gisèle.*) ¡Calla, la pequeña!

GISELE

Buenas tardes, Santiago.

SANTIAGO

¡Señor, qué hermosa es! ¡Me impresiona! ¡Y de-

cir que he hecho saltar a esta criatura sobre mis rodillas! ¡Ya no me atrevería a hacerlo!

GISELE

¡Pues sí! ¡No faltaría más que eso!

SANTIAGO (*Mirándolas. A Irene.*)

¡Pero no me habías dicho que se trataba de una recepción!

IRENE

¿Una recepción?

SANTIAGO

¡Demonio! Vuestros vestidos...

IRENE

Tranquilízate: es que papá tiene convidados esta noche.

SANTIAGO

¡Ah, ya! (*Se sienta*). Bueno, tú dirás.

GISELE

Díme antes adiós.

SANTIAGO

¿Te vas?

GISELE

Sí.

SANTIAGO

Adiós, preciosa señorita.

GISELE

¿Cuándo nos invitas a merendar, a Irene y a mí?

SANTIAGO

Cuando queráis.

GISELE

Me prometiste un té suntuoso con unos sandwichs de caviar, la última vez que nos vimos: ¡pero lo estoy esperando todavía!

SANTIAGO

Ya arreglaremos eso; palabra...

GISELE

Ya sabes que cuento con ello. (*Sale*).

SANTIAGO

¿Qué hay?

IRENE

Gracias por haber venido, Santiago.

SANTIAGO

¡Vaya!... (*Pausa*). Estoy muy intrigado, ¿sabes? ¿Qué es lo que te ocurre?

IRENE

Ante todo, es preciso que me jures que no dirás a nadie en el mundo una palabra de nuestra conversación.

SANTIAGO

¿Se trata de una cosa tan grave?

IRENE

Sí; ¿Me lo juras, Santiago?

SANTIAGO

Sí; desde luego.

IRENE

Sabes que papá acaba de ser destinado a Roma, ¿verdad?

SANTIAGO

Sí.

IRENE

Había decidido que le acompañaríamos Gisèle y yo.

SANTIAGO

Naturalmente.

IRENE

No es tan natural. Hasta ahora, cada vez que ha desempeñado un cargo en el extranjero, nos ha dejado siempre aquí. ¿Por qué quiere llevarnos a Roma?... Creo que se lo han aconsejado.

SANTIAGO

¿Quién?

IRENE

No lo sé... En el Ministerio, probablemente. Parece que en Roma son bastante severos. Han debido pensar, en las altas esferas, que convendría que tuviese a sus hijas a su lado, y ello le impediría llevar consigo a la señora de Gallon, como ha hecho hasta ahora. Creo que esto no estuvo muy bien visto en Bruselas.

SANTIAGO

¿De veras?

IRENE

No aseguro que sea esa la razón, pero es verosímil. Además, poco importa. Lo esencial es que ha decidido que partiríamos con él. (*Pausa*). Unicamente, que yo he decidido quedarme en París.

SANTIAGO

¿Por qué?

IRENE

...Le he dicho que por no abandonar mi pintura... para poder continuar trabajando aquí, con mi maestro.

SANTIAGO

¿Y eso, no es verdad?

IRENE

...No. Además, mi maestro, al que ha ido a ver

hoy, le ha dicho que, desde hace un mes, yo no he aparecido por el estudio.

SANTIAGO

¡Ah!

IRENE

Ha comprendido que había otra razón para que me quedase, y, hace poco, en una escena extremadamente violenta que hemos tenido, acaba de decirme que estaba seguro de que, si no quería partir, era porque alguien me retenía en París, y me ha requerido para que le diga quién.

SANTIAGO

¿Y qué?

IRENE

Me ha abrumado a preguntas, a las cuales... no podía responder; me ha amenazado con hacer determinadas gestiones, que yo no podía dejarle hacer; estaba loca, aterrada, y, en mi angustia, me vino un nombre a los labios, casi a pesar mío, el nombre del único amigo del que estoy segura, de la única persona a quien puedo confiarme. (*Bajando la cabeza.*) El tuyo.

SANTIAGO

¿El mío?

IRENE

Sí.

SANTIAGO

¿Has dado mi nombre?

IRENE

Sí.

SANTIAGO

¿Entonces... tu padre se imagina que es por causa mía por lo que quieres quedarte en París?

IRENE

Sí.

SANTIAGO (*después de una pausa*)

¿Te das cuenta, Irene, de lo que has hecho?

IRENE

Sí.

SANTIAGO

¿Qué es lo que tu padre puede suponer?

IRENE

No supone nada. Le he hecho creer que dejándome en París, es decir, no alejándome de ti, no era imposible que un proyecto que yo sola, hasta ahora, había formado, pudiera convertirse en realidad.

SANTIAGO

¿Qué proyecto?

IRENE (*como antes*)

El de... casarnos.

SANTIAGO

¿Le has hecho creer eso?

IRENE

Sí.

SANTIAGO

¡Ah!

IRENE

Sí; ya lo sé. Sé todo lo que tú piensas. No me lo digas; no merece la pena.

IRENE (*bruscamente, mirándole*)

¿Tú no crees que hubiera sido mejor confesarle la verdad?

IRENE

¿Qué verdad?

SANTIAGO

No lo sé; pero, cualquiera que sea, la verdad era preferible a esa mentira.

IRENE (*con los ojos fijos*)

Si la hubiese dicho, nadie la habría comprendido.

SANTIAGO

¿Por qué?... (*Irene se calla.*) ¿Eh?...

IRENE

... Poco importa.

SANTIAGO

¿No puedes decirme a mí esa verdad?

IRENE

...No.

SANTIAGO

¡Ah!... (*Pausa*). De todos modos, me cuesta trabajo creer, te lo confieso, que hayas dispuesto así de mí, para una cosa tan grave, sin consultarme siquiera.

IRENE

¿Es que tenía tiempo de consultarte? Estaba hostigada, acosada; todo cuanto intentaba para defenderme, se volvía contra mí; no he visto más que una cosa: que hacía falta a toda costa tranquilizar a papá para que no siguiese indagando. No he mirado más lejos.

SANTIAGO

¿Tan segura estabas de que mi nombre bastaría para tranquilizarlo?

IRENE

...Sí.

SANTIAGO

¡Ah!... Pues ya ves, Irene; debieras haber elegido otro nombre..., cualquier otro nombre...

IRENE

¿Acaso podía elegir? ¿Tú crees que dispongo de un solo amigo, descartándote a ti, a quien pedir una cosa semejante?

SANTIAGO

¿Y no has comprendido que podías pedírmela a mí menos que a cualquiera otro?

IRENE

Creí que tú sentías afecto por mí.

SANTIAGO

¿No has recordado que sentía también... amor?

IRENE

¡Oh, Santiago!... ¡Eso pertenece al pasado!

SANTIAGO

¿Estás segura?... (*Pausa*). Aunque así sea, se trata de un pasado que no está lo suficientemente lejano para que lo hayas olvidado ya.

IRENE

No he reflexionado tanto...

SANTIAGO

Pues bien; has hecho mal. Debieras haber pensado que no debías pedir que se convirtiera en novio tuyo imaginario a un hombre que ha que-

rido serlo de verdad y que, apenas hace un año, podía creer que esa ambición pertenecía al dominio de las cosas realizables.

IRENE

Santiago, no volvamos sobre ese error que tanto he lamentado, te lo aseguro. No sé qué es lo que ha podido hacerte suponer que yo alguna vez haya tenido la idea de...

SANTIAGO

¿De ser mi esposa? Entonces, ¿por qué no me desengañaste en seguida, la primera vez que te declaré que te quería y que deseaba casarme contigo?

IRENE

Pues... porque creí que no era en serio...

SANTIAGO

¡Vamos! ¿Acaso se juega con esas cosas?... Además, si hubieras creído que se trataba de una broma, me habrías respondido en el mismo tono. En lugar de eso, me dijiste, con una emoción que creí y que todavía creo sincera, que necesitabas reflexionar. Y como debías salir al mes siguiente para Florencia, nos vimos todos los días, hasta tu partida. Te acompañé a la estación, la noche que partiste, y, en el andén, en el momento en que el tren arrancaba, me dijiste, con una sonrisa que todavía

me parece estar viendo, que me enviarías tu respuesta desde allá... Pues bien; nunca me abandonará la idea de que aquella respuesta que te disponías a darme no era la que recibí efectivamente al cabo de tres semanas.

IRENE

Te equivocas...

SANTIAGO

No lo creo.

IRENE

¿Y qué es lo que, según tú, ha podido hacerme cambiar de resolución?

SANTIAGO

No lo sé. Ha debido haber allá, en tu vida, alguna cosa que ignoro, que no he tratado de saber, pero que ha modificado muchas cosas en ti... En fin; eso no me concierne... El caso es que tengo derecho a encontrar... inesperado que vengas a pedirme, después de aquello, que pase por novio tuyo. ¡Confiesa que esto resulta bastante cómico!

IRENE

¿No sentirás un poco de compasión por mí?

SANTIAGO

¡Oh, no te hago reproches! ¡Es que eso me pare-

ce cómico!.... (*Pausa*). Así, pues, le has dicho a tu padre que yo quería casarme contigo y que...

IRENE

No le he dicho que tú querías casarte conmigo; le he dicho que yo lo deseaba, pero que ignoraba tus intenciones.

SANTIAGO

¿Y a tu padre le ha parecido verosímil que te haya acometido ese deseo así, sin que por mi parte lo haya estimulado en nada?... ¡Vamos, Irene! Tu padre conoce tu orgullo; no puede menos de creerme en vísperas de pedirle tu mano.

IRENE

Te juro que no le he dicho nada que pueda hacérselo suponer... Además, podrás darte cuenta de ello, porque quiere hablarte.

SANTIAGO

¡Ah! ¿Quiere hablarme?

IRENE

He hecho todo lo posible por impedirlo, pero no ha querido escuchar nada. Me ha dicho que te verá mañana.

SANTIAGO

¡Ah!

IRENE

Podrás comprobar, por la manera de que te hable, que yo no he «dispuesto» de ti, como dices... En un momento de angustia, he tendido únicamente los brazos hacia ti, como hacia el único ser capaz de socorrerme. Si no quieres hacerlo, nada te obliga a ello. Cuando papá te interrogue, no tendrás más que hacer como que no comprendes y fingirte asombrado; dirás que se trata de un error, que lamentas el equívoco, que tú no has hecho nada por provocarlo, etc., y todo quedará resuelto. Tranquilízate, que no volverás a oir hablar de nada.

SANTIAGO

¿Y entonces, qué harás tú?

IRENE

Eso, Santiago...

SANTIAGO

Sí; eso no me importa, ¿verdad?

IRENE

¿Qué puede interesarte?

SANTIAGO (*después de una pausa*)

Díme: antes de llamarme en tu socorro, ¿se te ha ocurrido la idea de que yo pudiera no ser libre, de que pudiera haber alguien en mi vida?

IRENE

Ya sé que hay alguien en tu vida.

SANTIAGO

¿Lo sabes?

IRENE

¡Sí!

SANTIAGO

Pues si lo sabes, ¿cómo me pides que represente ese papel cerca de ti?

IRENE

¿Acaso te pido que cambies algo en tu existencia?

SANTIAGO

¿Y qué es lo que en definitiva me pides? ¿Que pase por tu novio?

IRENE

¡De ningún modo! Es, sencillamente. . .

SANTIAGO

Sí; ante tu padre: ya he comprendido.

IRENE

No. Ni aun ante papá se trata de que pases por mi novio. Todo lo que te pido es que le dejes la impresión de que, alejándome de París, comprome-

te una... posibilidad de matrimonio entre nosotros algún día, y nada más.

SANTIAGO

Dicho de otro modo, quieres aprovechar la confianza que tu padre puede tener en mí para amparar tras ella... no sé exactamente qué, pero algo, desde luego, que no puedes confiar a nadie. ¿No es eso?

IRENE

Necesito ganar algunos días, hasta la marcha de papá. Después... (*Un gesto*).

SANTIAGO

¿Después, qué?

IRENE

Después, yo me las arreglaré y me desenvolveré completamente sola para quedarme aquí. Te devolveré la libertad: te lo juro.

SANTIAGO

Pero, en fin, ¿por qué es preciso a toda costa que te quedes? ¿No se puede saber?

IRENE

...No quiero abandonar París: esto es todo lo que puedo decirte.

SANTIAGO

Di la verdad: no quieres abandonar a alguien que está en París. Es eso, ¿eh?... (*Irene calla. Un silencio*). ¡A dónde has ido a parar! ¡Tú!... ¡Tú, a la que he admirado tanto!... ¡Tú, a la que he creído durante tanto tiempo incapaz de una cosa baja o vulgar!... ¡Incurrir en la más vulgar de todas: la mentira!

IRENE

¡Si miento, es porque se me obliga a ello!

SANTIAGO

¿Quién?

IRENE

Todo el mundo... No tengo otro recurso.

SANTIAGO

Ese recurso no es gran cosa; créeme, no te servirá de mucho. Además, sobre todo, es indigno de ti, Irene. ¡Tú vales más que todo eso!

IRENE

¡No; no valgo más que eso! Siempre te has hecho ilusiones sobre mí, pobre Santiago. ¡Cuántas veces te he suplicado que me hagas descender del pedestal, ¿te acuerdas?, y me pongas en el suelo, como a todo el mundo! ¿Por qué te has obstinado siempre en creerme diferente de las demás?

SANTIAGO

Porque te quería, probablemente.

IRENE

¡Yo no tengo la culpa!

SANTIAGO

¡Además, eso no es verdad, no! Eras diferente de las demás. Sólo que has cambiado, o, más bien.. , te han cambiado.

IRENE

¿Quiénes «me han» cambiado?

SANTIAGO

Sin duda, las personas a quienes tratas desde hace un año. Al abandonar por ellas a todos tus antiguos amigos, no parece que hayas ganado en el cambio; es lo menos que se te puede decir.

IRENE

¿Y tú conoces a esas «personas», como dices?

SANTIAGO

En absoluto.

IRENE

¿Entonces?... (*Pausa*). Al menos, dame gusto en una cosa: piensa de de ellas lo que quieras, pero no me hables de eso, ¿quieres?

SANTIAGO

¡Bueno, bueno! ¡Entendido!... Puesto que al parecer te son tan queridas, ¿por qué no te diriges a una de ellas, antes que a mí, para el favor que necesitas? Me parece que estaría mucho más indicado, ¿no?... Tanto más, cuanto que yo, la verdad, no soy ni mucho menos, un hombre apto para esa clase de comedias.

IRENE (*implorante*)

¡Santiago!...

SANTIAGO

Debes tener buenos amigos, y entre ellos, uno predilecto, seguramente. Pues bien; pídeselo a él.

IRENE

No tengo más que un amigo, y ese eres tú.. Al menos, yo te creía amigo mío.

SANTIAGO

Precisamente porque soy amigo tuyo, no tengo derecho a hacer lo que me pides.

IRENE

¿Por qué?

SANTIAGO

Porque es desagradable, peligroso y, sobre todo, inútil: una mentira como esa no prospera. Está fracasada de antemano.

IRENE

Si fueses verdaderamente amigo mío, escucharías un poco más a tu corazón y un poco menos a los preceptos de la moral burguesa.

SANTIAGO

¡Oh, ya sabes que la moral burguesa tiene a veces algo bueno!

IRENE

Sí; depende de la persona a quien aprovecha.

SANTIAGO

¿Qué quiere decir eso?

IRENE

¿Era en nombre de la moral burguesa en nombre de quien hablabas, hace un año, cuando trataste de hacer de mí tu querida? ¿No te acuerdas?

SANTIAGO

¡Sí!

IRENE

¿Y consideras que eso era moral?

SANTIAGO

¡Sí!

IRENE

¡Ah!

SANTIAGO

Sí; porque si me hubieses pertenecido, habrías acabado por amarme y por consentir en casarte conmigo. Esa repugnancia que experimentabas ante la idea de comprometer tu libertad, tu sacrosanta libertad, yo tenía la pretensión, sí, de que iría acabando poco a poco, desde el día en que hubieras sido mía. Y, en mi pensamiento, la posesión no era más que una etapa hacia la única solución normal para una muchacha, es decir, el matrimonio.

IRENE

¡Entonces era para convertirme al matrimonio para lo que, en tu elevada sabiduría, querías que me entregase a ti!

SANTIAGO

¡Sí!

IRENE

¡Ah!... (*Pausa*). Me había figurado que me deseabas, sencillamente.

SANTIAGO

Naturalmente que te deseaba. ¡Te deseaba con todas mis fuerzas! ¡La idea de tu cuerpo contra el mío me trastornaba... como me trastorna aún, en este momento en que te hablo, si es que quieres saberlo todo!!

IRENE

¡Santiago!

SANTIAGO

Comienzo a creer que nunca me curaré de ti. Pero éste es otro asunto que no te interesa... Lo que quiero decirte es que siempre he pensado en ti, antes de pensar en mí; siempre. ¿Lo oyes? Ayer, como hoy. Y para que no dudes de ello, he de añadir esto: júrame que... la aventura en que te has comprometido y de la cual no quiero saber nada, supone para ti, en un plazo más o menos largo, esa solución normal de que acabo de hablarte, el matrimonio, un matrimonio digno de ti... Júrame eso, sencillamente, y consiento en hacer lo que me pides... ¿Puedes jurármelo?

IRENE (*volviendo la cabeza*)

...No tengo que jurarte nada...

SANTIAGO

¡Bueno! Entonces, me niego a ello. Piensa lo que gustes: que no tengo corazón; que no te quiero. Me es igual. Me niego. Y si mi negativa puede obligarte a salir un poco antes de lo que tú pensabas de la situación en que te encuentras, pues bien: será preferible para todos, estoy seguro.

IRENE

Debieras conocerme lo bastante, Santiago, para

saber que haré lo que he decidido, y que si para ello es absolutamente preciso dar un escándalo, lo daré.

SANTIAGO

¿Entonces es que estás completamente loca?

IRENE

¡No! Pero me volvería si me obligase a marcharme...

SANTIAGO

¿Hasta ese punto?... (*Irene baja la cabeza, sin responder, conteniendo su emoción*). ¡Pobre Irene mía!...

GISELE (*apareciendo por el foro*)

Santiago, papá dice que no te vayas: que quiere hablarte.

IRENE

¿Cómo ha sabido que Santiago estaba aquí?

GISELE

Lo ha sabido por mí. Acaba de volver. Ha ido a ver la mesa, y no le ha gustado. Quería que viniese a buscarte. Le he dicho que estabas con Santiago. ¿He hecho mal?

IRENE (*contrariada*)

No, preciosa.

GISELE

Entonces, me ha encargado que le diga a Santiago que espere cinco minutos, pues quiere hablarle... ¿He metido la pata?

SANTIAGO

No, Gisèle; de ningún modo.

GISELE

¡Ah! ¡Yo no podía figurarme! ¡Debía haber sido advertida! (*Sale. Irene permanece un momento inmóvil; luego, súbitamente, adoptando una resolución, se precipita hacia el tocador, reaparece con una capa que se echa sobre los hombros y va hacia el foro*).

SANTIAGO (*estupefacto*)

¿Qué haces?... ¿Sales?

IRENE

¡Me voy!

SANTIAGO

¿Te vas?... ¿A dónde vas?

IRENE

Eso me incumbe a mí... ¡Me voy, y nada más!

SANTIAGO (*cerrándole el paso*)

¡Vamos, vamos, tú pierdes la razón!

IRENE

¡Déjame pasar!

SANTIAGO

¿Pero para qué quieres marcharte?

IRENE

¡Así quedará resuelta la cuestión!

SANTIAGO

¡Tú no estás en tus cabales, en este momento!

IRENE

¡Déjame pasar!

SANTIAGO

¿Qué es lo que he de decir a tu padre?

IRENE

Lo que quieras: me es igual. . . ¡Déjame pasar!

SANTIAGO

¡No!

IRENE

¡No tienes derecho a impedirme que haga lo que quiero!

SANTIAGO

¡Tengo el derecho de impedirte que hagas una locura!

IRENE

¡Basta, basta! Tengo veintisiete años, soy libre, y no tengo que dar cuentas a nadie. ¡Déjame pasar, Santiago!

SANTIAGO

¡Vamos, Irene, cálmate; te lo suplico!

IRENE

¿No comprendes lo que será mi vida aquí, después que papá te haya hablado?... ¡No, no! ¡No quiero que se me interrogue más! ¡No quiero que todo el mundo esté detrás de mí, acosándome! ¡Quiero irme!

SANTIAGO

¡Irene!

IRENE

¿Qué te importa que yo me vaya, después de todo?

SANTIAGO

¿Que qué me importa?

IRENE

¡Si! ¿Qué te importa a ti eso?

SANTIAGO (*después de una pausa*)

Tienes razón... Pues bien: vete... (*Vuelve y se sienta, con la cabeza entre las manos. Irene le sigue con los ojos, sin moverse. Un silencio*). Pues bien: vete. ¿Qué esperas ahora para ir en su busca? (*Una sonrisa triste pasa por el semblante de Irene. Se envuelve en su capa, y llega a la puerta. En el momento de ir a abrirla, Santiago se levanta.*) ¡Irene!

IRENE (*volviéndose*)

¿Qué?

SANTIAGO (*después de una pausa, claramente*) Quédate.

IRENE

¿Cómo?

SANTIAGO

Quédate, te digo.

IRENE

No comprendo. . .

SANTIAGO

¡Demasiado lo comprendes!. . . Quítate la capa. Si tu padre lo ve, él será el que no comprenda.

IRENE

¡Pero explícate!

SANTIAGO

Haz lo que te digo. (*Aparece Montcel. Irene, oculta por la puerta, deja caer su capa. Montcel se dirige a Santiago*).

MONTCEL

Buenas tardes, Santiago.

SANTIAGO

Buenas tardes, tío.

MONTCEL

¿No te ha contrariado esperarme?

SANTIAGO

¡De ningún modo!

MONTCEL

Iba a enviarte un recado para rogarte que vinieses a verme mañana; pero al saber que estabas con Irene, pensé en evitarte esa molestia... Desearía hablar un poco contigo. ¿Quieres que nos vayamos a mi despacho?... (*Santiago se inclina.*) No te retendré mucho tiempo. (*Abriendo la puerta.*) Pasa; ahora voy. (*Santiago sale. Montcel se acerca rápidamente a Irene.*) Le has hablado ya, ¿no es verdad?

IRENE

¿Cómo?

MONTCEL

Si está al corriente, dímelo y ello me evitará un preámbulo inútil.

IRENE (*después de un instante*)

Sí.

MONTCEL

¿Entonces?... ¿Su respuesta?

IRENE

El te la dirá.

MONTCEL

Bien. (*Sale. Irene se deja caer en una silla, junto a la mesa, y se queda pensativa, con el dolor re-*

tratado en el semblante. Al cabo de un momento, sus ojos se detienen en el florero donde están las violetas; lo toma, contempla las flores, y luego, como si una idea cruzase por su mente, consulta su reloj, vacila y, por fin, extiende la mano hacia el receptor telefónico, que descuelga en el momento en que cae el

TELON

ACTO SEGUNDO

En casa de Santiago. Un despacho-biblioteca. Puertas a la izquierda, a la derecha y al foro. Una gran mesa en el centro. Sillones confortables.

Santiago está sentado en una butaca, con un álbum de fotografías abierto sobre las rodillas, y medita, con la mirada inmóvil. Pasan algunos instantes; luego se oye un timbre. Santiago fruce el ceño, consulta la hora que es, murmura un «¡Vamos!» resignado, y se levanta.

JORGE, *criado, aparece en el foro.*

JORGE

¿El señor recibe?

SANTIAGO

Espero a la señora Meillant, y debe de ser ella.

JORGE

Bien señor. (*Sale. Santiago guarda en un cajón el álbum de fotografías.*)

JORGE (*reapareciando*)

No es la señora Meillant, señor. Es la señorita de Montcel.

SANTIAGO (*sorprendido*)

¿La señorita de Montcel?

JORGE

Sí, señor.

SANTIAGO (*con agitación*)

¿La ha hecho usted pasar al salón?

JORGE

Sí, señor.

SANTIAGO

Bien. (*Se dirige hacia la puerta de la derecha.*) ¡Ah! Si llega la señora Meillant, dígale... (*Vacila*). Dígale que he telefoneado anunciando que me retrasaré un poco; que me dispense, y que haga el favor de volver a eso de las cuatro, si puede... Sí: a eso de las cuatro.

JORGE

Bien, señor. (*Sale por el foro. Santiago abre la puerta de la derecha.*)

SANTIAGO

¿Quieres pasar aquí... (*Sorprendido.*) ¿Cómo?... ¡Ah!.. El ayuda de cámara me había anunciado «La señorita de Montcel», y creí...

GISELE (*apareciendo*)

¿Creíste que era Irene?

SANTIAGO

Sí.

GISELE

¡Oh, estoy apenadísima, Santiago!

SANTIAGO

¿Por qué?

GISELE

Porque debes estar decepcionado.

SANTIAGO

De ningún modo. Tengo una gran alegría en verte, preciosa Gisèle. Estoy un poco asombrado, pero muy contento.

GISELE

Estás asombrado, porque consideras que a mi edad no se va sola a casa de los caballeros, ¿no es verdad? Pero yo no he venido sola: la señorita Marchand me espera abajo, en el coche.

SANTIAGO

No tienes necesidad de disculparte. Siéntate...

GISELE

¡Oh! Sólo tengo que decirte una palabra.

SANTIAGO

Siéntate, sin embargo.

GISELE (*sentándose*)

Primero, pensé telefonearte esta mañana para preguntarte cuándo podría venir; pero el teléfono está en la habitación de Irene, y no quería que ella pudiera oirme.

SANTIAGO

¡Ah!

GISELE

No. (*Pausa.*) Y he venido temprano para tener más probabilidades de encontrarte... (*Vacila.*) Quizá te parezca que lo que hago es un poco ridículo y hasta absurdo; pero me es igual... Mira: he venido para decirte que Irene es muy desgraciada.

SANTIAGO

¿Irene?

GISELE

Sí. Y puedes creerme. Si te lo digo, es porque estoy segura de ello... Desde hace ya algún tiempo, la encontraba extraña, nerviosa. Varias veces me pareció que tenía los ojos enrojecidos. La señorita Marchand también lo había observado. Por fin, el otro día, entré en su habitación, por casualidad, creyendo que había salido, para telefonear. Pues bien; por más que volvió el rostro, vi perfectamente que estaba llorando.

SANTIAGO

¡Ah!

GISELE

Comprenderás que, cuando Irene llora, es preciso que haya una causa. ¡Eso no le ocurre a menudo!... Y yo, verla sufrir, es una cosa que no puedo soportar. Preferiría no sé qué... Así, pues, he reflexionado bien, y, finalmente, me he dicho que quizá no te dieses cuenta, y que había que prevenirte. Y por eso es por lo que he venido: esto es todo, Santiago. (*Un silencio. Santiago permanece pensativo.*) ¿Acaso te parece mal que te haya hablado así?

SANTIAGO

No me parece mal, querida Gisèle; pero te confieso que no comprendo por qué has creído que debías advertirme a mí...

GISELE

¿Cómo?

SANTIAGO

Siento mucho afecto por Irene; pero no veo en qué puedo yo...

GISELE (*sonriendo*)

Santiago... Papá me habló antes de marcharse.

SANTIAGO (*sorprendido y contrariado*)

¿Y qué te dijo?

GISELE

¡Oh, tranquilízate! Me habló reservadamente, y ya puedes suponer que no seré yo la que vaya a contarle a nadie lo que se me ha confiado. Además, sé muy bien que no se trata todavía de una cosa decidida; que tenéis que reflexionar, y que no puedes decir nada en este momento porque hay en tus negocios... dificultades... (*Santiago pasea por la habitación, contrariado y descontento.*) ¿Te contraría que papá me haya hablado?

SANTIAGO

No; nada de eso.

GISELE

Como comprenderás, era difícil que no me dijese nada. Estaba convenido que iríamos a Roma con él. Bruscamente, ha cambiado todo: nos quedamos, y la señorita Marchand viene a vivir a casa. Entonces, papá se ha creído obligado a darme algunas explicaciones. No podía figurarse que yo lo había adivinado todo.

SANTIAGO

¿Qué habías adivinado?

GISELE

¡Todo! No era nada difícil: sabía que Irene quería quedarse en París y que papá no quería oir hablar de ello. Luego, tú fuiste a ver a Irene, tuviste

una entrevista con papá, y, aquella misma noche, papá anunció a Irene que podía quedarse, y que me dejaría con ella para que no estuviese sola. No se necesita ser un Sherlock Holmes para comprender lo que todo eso significaba. ¡Si supieras, Santiago, que me he vuelto loca de contento! ¡No puedes figurarte lo contenta que me puesto!...

SANTIAGO

¿De veras?

GISELE

¡Estaba tan segura de que habéis nacido el uno para el otro!... ¿No lo crees tú así?

SANTIAGO

Sí, nenita.

GISELE

¿Y comprendes ahora por qué he venido?

SANTIAGO

Lo comprendo.

GISELE

¿Acaso he hecho mal?

SANTIAGO

No.

GISELE

¿Verdad que no te has dado cuenta de nada?

SANTIAGO

De nada, en efecto.

GISELE (*triunfante*)

¡Estaba segura de ello! Se lo he dicho a la señorita Marchand: «Cuando Santiago le ha rogado a papá que deje a Irene en París, es porque la quiere, y si la quiere, no puede desear que sea desgraciada, o es que no se da cuenta de nada. Por otra parte, esto no tendría nada de extraño: Irene es tan orgullosa, que es muy capaz de no haberle dejado ver siquiera que sufre. Así, pues, si nadie tercia en este asunto, la situación puede prolongarse indefinidamente. ¡Y es preciso que no continúe!» (*Le coge la mano.*) ¿No es verdad, Santiago, que es preciso que no continúe?

SANTIAGO

Sí, querida Gisèle; pero, ya ves...

GISELE

No, no me digas nada. No quiero saber nada. Eso no me incumbe. Yo ya te he dicho lo que quería decirte. Lo demás, es cosa tuya. La única cosa que te pido es que Irene no sepa nunca que he venido a visitarte, porque no me lo perdonaría. ¿Me lo prometes?

SANTIAGO

Te lo prometo.

GISELE

Gracias. (*Se levanta.*)

SANTIAGO

Espera; no te vayas todavía, ¿quieres? (*Da algunos pasos, reflexionando; luego, se detiene delante de ella.*) ¿Tienes confianza en mí, Gisèle?

GISELE (*sorprendida y un poco inquieta*)

¡Ya lo creo, Santiago!

SANTIAGO

¿Hasta el punto de creerme sin pedirme explicaciones, aun cuando lo que te diga te parezca sorprendente o incomprensible?

GISELE (*como antes*)

Sí. ¿Qué pasa?

SANTIAGO

Mira: tú crees, y es natural, que depende de mí el impedir que Irene sea desgraciada, ¿no es verdad?

GISELE

Sí.

SANTIAGO

Pues bien; te equivocas.

GISELE

¿Cómo?

SANTIAGO

¡No puedo hacer nada por ella..., o muy poca cosa!

GISELE

¡Tú!

SANTIAGO

Yo.

GISELE

¿No es por causa tuya por lo que es desgraciada?

SANTIAGO

No.

GISELE (*sobrecogida*)

¿No?...

SANTIAGO

Si lo fuese por causa mía, te aseguro que no continuaría siéndolo por mucho tiempo. Ahora, escúchame: puedo, sin embargo, tratar de hacer algo por ella. Quizá no sirva de nada, pero hay que intentarlo. Ahora bien; necesito tu ayuda para eso.

GISELE

¿Mi ayuda?

SANTIAGO

Sí. Necesito uno o dos detalles que sólo tú puedes suministrarme. Si pudiera dirigirme a alguna otra persona, lo haría; pero no dispongo de

nadie. Si te parece que mis preguntas son indiscretas o si crees que en este momento me guía otra cosa distinta del interés de Irene y de su felicidad, no me respondas.

GISELE

¿Qué es lo que quieres saber?

SANTIAGO

Desearía algunos detalles acerca de la vida que hace y de las personas a quienes ve.

GISELE

¿Las personas a quienes ve?... Desde luego, tú.

SANTIAGO

¿Yo?

GISELE

Sí.

SANTIAGO

¿Cuándo me ve?

GISELE

Pues... no lo sé. ¿Acaso no acostumbráis a tomar el te juntos, por la tarde?

SANTIAGO

¿Te lo ha dicho ella?

GISELE (*contrariada*)

Lo he supuesto yo... He podido equivocarme...

SANTIAGO (*después de una pausa*)

Y... además de a mí, ¿a quién ve?

GISELE

No siempre me dice lo que hace, ¿sabes?

SANTIAGO

Pero, cuando sale, por ejemplo, ¿no te dice nunca a dónde va?

GISELE

Todos los días, después del almuerzo, va al estudio.

SANTIAGO

¡Ah, sí!... ¿Y por la noche, sale alguna vez?

GISELE

¿Por la noche? ¡Oh, casi nunca! Ha ido una o dos veces al teatro o al concierto, y nada más.

SANTIAGO

¿Sola?

GISELE

No; con los Aiguines.

SANTIAGO (*después de una pausa*)

Creo que los conoció en Italia, ¿no?

GISELE

Sí; en Florencia, el año pasado.

SANTIAGO

¿Y tú los visitas alguna vez?

GISELE

¿Yo? Nunca.

SANTIAGO

¿Por qué?

GISELE

No los conozco.

SANTIAGO

¿Cómo no los conoces, siendo Irene amiga íntima de ellos?

GISELE

Eso no es una razón. Ella no me ha propuesto que haga amistad con ellos, y yo no se lo he pedido.

SANTIAGO

¿Por qué? ¿No te agradan?

GISELE

¡Pero si no los conozco!...

SANTIAGO

¿Te habla de ellos alguna vez?

GISELE

No; nunca.

SANTIAGO

¿Y nunca has tenido la curiosidad de preguntarle algo?

GISELE

Nunca le pregunto nada a Irene. Cuando ella me habla la primera de alguien o de algo, la escucho. Cuando no me habla, me callo.

SANTIAGO

¿Entonces, no sabes nada de ese matrimonio?

GISELE

Poca cosa. Sé que ella es polaca o austriaca, no lo recuerdo...

SANTIAGO

Austriaca; sí. ¿Y de él, no sabes nada?

GISELE

No.

SANTIAGO

¿No sabes lo que hace, en qué se ocupa?

GISELE

En absoluto.

SANTIAGO

¿No sabes tampoco... cómo es?

GISELE

¿Físicamente?

SANTIAGO

Sí.

GISELE

Es alto, afeitado... Elegante.

SANTIAGO

¿Le has visto, entonces?

GISELE

Sí.

SANTIAGO

¿Dónde le has visto?

GISELE

Delante de la puerta de casa, una tarde que había acompañado a Irene. Yo volvía precisamente en aquel momento, y le vi. ¿Por qué lo preguntas?

SANTIAGO

He asistido a clase en otro tiempo con un Aiguines, y quería saber si sería el mismo.

GISELE

¡Oh, no creo! Tiene bastante más edad que tú.

SANTIAGO

¡Ah! Será algún primo suyo, entonces... Sé que existen varias ramas. (*Pausa.*) ¿Ha sido esa la única vez que lo has encontrado?

GISELE

Sí. También he oído su voz por el teléfono, un día en que preguntaba por Irene, que no había vuelto todavía. Eso es todo.

SANTIAGO

¿Y viene a verla alguna vez?

GISELE

¿A casa? No; nunca...

SANTIAGO

¿Sabes dónde viven?

GISELE

En la Avenida de Víctor Hugo; pero he olvidado el número. Figuran en el anuario de teléfonos.

SANTIAGO

Bien.

GISELE

¿Tanto te interesan los Aiguines?

SANTIAGO

¡Oh! Me interesan... porque son amigos de Irene. Nada más. (*Un silencio.*)

GISELE

¿Eso era todo lo que querías preguntarme?

SANTIAGO

Sí, Gisèle; gracias. No me has enterado de gran

cosa, por supuesto; sobre poco más o menos, sabía todo lo que acabas de decirme. Pero nuestra conversación no habrá sido inútil, sin embargo... ¡Ah! No olvides que Irene debe permanecer ignorante de todo esto, ¿eh?

GISELE

Te lo prometo.

SANTIAGO

Ya sé que puedo contar contigo.

GISELE (*después de haber vacilado*)

Santiago, antes de marcharme, quisiera... hacerte una pregunta, yo también.

SANTIAGO

Sí; házmela.

GISELE

¿Puedes decirme... qué es lo que vas a hacer por Irene?

SANTIAGO

No, Gisèle. Además, ¡tengo tan pocas probabilidades de conseguir algo!...

GISELE

Pero, en definitiva, si lo intentas, ¿crees que podrás conseguir algo?

SANTIAGO

Pongamos que haya una probabilidad contra diez, por lo menos.

GISELE

Entonces, si lo consigues, ¿quiere decir que os casaréis? Di...

SANTIAGO

No.

GISELE

¡Ah!... (*Pausa.*) ¡Y, sin embargo, tú la quieres!

SANTIAGO (*sonriendo tristemente*)

¿Tú crees?

GISELE

¡Vamos! Hace mucho tiempo que lo sé. La quieres desde el verano en que viniste a Montcel.

SANTIAGO

Pues, ¡ya ves! Eso no es suficiente.

GISELE

¿Es que ella no te quiere?

SANTIAGO

Sí..., sí me quiere.

GISELE

¿Estás seguro?

SANTIAGO

Completamente.

GISELE

...¡Qué lástima!

SANTIAGO

¿Crees tú?...

GISELE (*hace señal de que sí; luego, tendiéndole la mano:*)

Adiós, Santiago.

SANTIAGO

Adiós, nenita. (*Ella lo contempla con tristeza, reteniendo su mano en la de él. Luego, con un brusco impulso de ternura, le besa en las dos mejillas y sale. El la acompaña, vuelve al cabo de un instante, se sienta ante su mesa y parece reflexionar. Luego, abre el anuario del teléfono, lo consulta, acerca el aparato y descuelga el receptor.*)

SANTIAGO

¡Oiga!... Passy 83-42... ¿Es la casa del señor de Aiguines?... ¿Está el señor, hace el favor?... ¡Ah! ¿Y dónde está su oficina?... ¿Cómo?... (*Escribe en un papel.*) Bien; gracias. ¿No sabe hasta qué hora está allí?... Muchas gracias. (*Vuelve a colgar el receptor, da algunos pasos, reflexionando, y luego se sienta a la mesa, coge una hoja de papel de cartas y comienza a escribir. Al cabo de un momento, se detiene, repasa lo que ha escrito, y luego, descontento, estruja la hoja de papel y*

toma otra. Cuando ha terminado, llama e introduce la carta en un sobre, en el cual pone la dirección. Aparece JORGE.)

JORGE

¿Ha llamado el señor?

SANTIAGO

Sí. Tome un coche y vaya a llevar esta carta a su destino. Es en un Banco. Si le dicen que este señor está, entregará usted la carta y aguardará la respuesta. (*Se oye un timbrazo.*) Si no está, me traerá la carta y preguntará si mañana por la mañana habrá probabilidades de encontrarle. No dé usted mi nombre; no es preciso.

JORGE

Bien, señor.

SANTIAGO

¿Ha comprendido usted bien?

JORGE

Sí, señor.

SANTIAGO

Vaya a abrir.

JORGE (*en el momento de salir*)

Si es la señora de Meillant, señor, ¿qué le digo? (*Nuevo timbrazo, imperativo esta vez.*)

SANTIAGO

Ella es. Que pase. (*Jorge sale y, un momento después, introduce a Francisca.*)

FRANCISCA

¡Creí que me iba a dejar en la puerta! Debieras decirle a Jorge que se diese más prisa en abrir. Hay encuentros comprometedores en las escaleras.

SANTIAGO

¡Me gusta ese plural!

FRANCISCA

¿Qué?

SANTIAGO

Nada. No es de Jorge la culpa, sino mía. Estaba dándole unas órdenes.

FRANCISCA

¡Razón de más, entonces! (*Va hacia él.*) ¡Buenas tardes!

SANTIAGO

Buenas tardes, Francisca.

FRANCISCA

¡Ah! ¿Eso es todo?...

SANTIAGO

Pero... ¡si no me dejas pronunciar una palabra! (*Se besan con las puntas de los labios.*)

FRANCISCA

¡No estás muy amable hoy!.

SANTIAGO

¿Yo? Sí.

FRANCISCA

¿Por qué no viniste anoche a casa de los Van Garten?

SANTIAGO

No pude.

FRANCISCA

Te estuve esperando hasta las doce y media, con un dolor de cabeza espantoso. ¡Al menos, podías haberme avisado!

SANTIAGO

Ya te dije que probablemente no podría ir.

FRANCISCA

De acuerdo; pero como yo había insistido mucho; como te había dicho que tendría un gran placer en que fueses a buscarme, me figuré que te impondrías ese pequeño esfuerzo. Veo que ha pasado el tiempo en que yo podía pedirte estas cosas...

SANTIAGO

No sabes cuánto lo siento, Francisca.

FRANCISCA

¿Qué cosa tan importante tuviste que hacer... si no soy indiscreta?

SANTIAGO

Comí en casa de mi hermano, y salí de allí muy tarde.

FRANCISCA

¿No podías haberle dicho que tenías que asistir a una recepción?

SANTIAGO

Acababa de llegar de viaje. No le había visto desde hacía dos meses.

FRANCISCA

¡Evidentemente, era mucho más interesante que ir en busca mía!

SANTIAGO

Francamente, no me tentaba ir a esa casa... Ya sabes el horror que siento por esa clase de reuniones, y...

FRANCISCA

Sientes horror por todo lo que a mí me es agradable.

SANTIAGO

No, Francisca.

FRANCISCA

¡Sí! Todos los días ocurre igual. Ya comienzo a acostumbrarme... (*Pausa.*) Pues quizá hayas hecho mal en no ir anoche, querido Santiago...

SANTIAGO

¿De veras?

FRANCISCA

¡Oh! Digo eso, pero ya sé que en el fondo, ahora, te tiene sin cuidado...

SANTIAGO

¿Qué me tiene sin cuidado?

FRANCISCA

Pues bien; que me hagan el amor, por ejemplo...

SANTIAGO

¿Te han hecho el amor?

FRANCISCA

Bastante; sí. (*Pausa.*) Caramba, ya se sabe que cuando en sociedad se comienza a ver que una mujer llega sola y se va sola, y que el caballero que acostumbraba a acompañarla ha desaparecido, los hombres le demuestran en seguida mucho más interés. Y como, además, anoche llevaba un vestido muy bonito...

SANTIAGO

¿Cuál?

FRANCISCA

No lo has visto. Vacilé antes de encargarlo por tu causa, ya ves. Temía que te pareciera demasiado descotado. Sin embargo, hice muy bien en decidirme. Tuvo un éxito loco.

SANTIAGO

¡Tanto mejor!

FRANCISCA

En cuanto entré, me di cuenta de su éxito, al ver las miradas de las mujeres.

SANTIAGO

¿Las de los hombres no?

FRANCISCA

Sí; pero algo después. Las mujeres ven eso más pronto.

SANTIAGO

¡Ah!

FRANCISCA

Además, saqué la impresión de que no estaba del todo fea anoche.

SANTIAGO

¿A pesar del dolor de cabeza?

FRANCISCA

A pesar del dolor de cabeza... Al menos, me lo repitieron mucho.

SANTIAGO

¿De veras?

FRANCISCA

¡Palabra!

SANTIAGO

¿Y quién?

FRANCISCA

¡Oh! ¿Qué te importa eso?

SANTIAGO

¡No ha de importarme! Supongo que no lo dudarás.

FRANCISCA

Pues bien... ¡Qué sé yo!... Varios hombres que estaban allí... Entre otros, tu amigo Moreuil, que no me abandonó en toda la noche.

SANTIAGO

¡Calla! Si yo le creía en América...

FRANCISCA

Ya ha vuelto..., y ha vuelto en extremo galante. Se empeñó en acompañarme hasta mi casa, y como cometí la torpeza de decir que Alfredo tiene el sueño muy pesado, poco faltó para que me propusiera subir...

SANTIAGO

¿Es posible?

FRANCISCA

Aquí, entre nosotros, creo que hasta llegó a proponérmelo...

SANTIAGO (*sonriendo, distraído*)

¡Ese pícaro Moreuil!... (*Ella se muerde los labios, y le dirige una mirada furiosa.*) ¿Y decías que te...?

FRANCISCA

¡Oh! Te ruego que hablemos de otra cosa, ¿quieres?

SANTIAGO

Como gustes.

FRANCISCA

Escucha, Santiago: te aseguro que al venir aquí no tenía intención de armarte una escena; pero no parece, en verdad, sino que te has propuesto exasperarme... desde hace tiempo. He venido soportando muchas cosas, pero esta vez ya se colma la medida.

SANTIAGO

¡Bueno!

FRANCISCA

Comprendo muy bien que no me quieras ya: estás en tu derecho. Pero entonces, dilo. ¡Es lo más

sencillo! No nos hemos jurado amor eterno, por lo demás... Sé sincero una vez: es preferible.

SANTIAGO

¡Pero si no hay tal cosa, Francisca!

FRANCISCA

¡Ah! ¿Te parece?... Pues bien; permíteme que te diga que si no hubieses estado nunca más enamorado que hoy, yo no hubiera cedido. ¡Ah, no!... Cedí demasiado pronto: lo reconozco. Me hubieras querido más si me hubiese hecho desear por más tiempo. ¡Me gustabas, y te lo dejé ver! ¡Tanto peor para mí! Sin embargo, al menos, en los primeros tiempos, podía forjarme algunas ilusiones acerca de tu amor; mientras que ahora...

SANTIAGO

Te aseguro, Francisca, que mis sentimientos hacia ti no han variado...

FRANCISCA

Lo cual quiere decir...

SANTIAGO

Escucha...

FRANCISCA

Que no me has amado nunca, ¿verdad?...

SANTIAGO

...Yo no he dicho eso...

FRANCISCA

Pero lo piensas... Pues bien; al menos, eso es franqueza. ¡Gracias a Dios!... Pero, entonces, si no me querías, ¿por qué me pediste que fuera tuya? ¿Eh?... ¿Quieres decírmelo?...

SANTIAGO (*con dulzura*)

Podría responderte que yo no te lo he pedido; pero...

FRANCISCA

¿Que no me lo has pedido?

SANTIAGO

No, Francisca...

FRANCISCA

¡Ah! Entonces...

SANTIAGO

Haz memoria...

FRANCISCA

¿Entonces fuí yo, sin duda, quien te suplicó que fueses mi amante?

SANTIAGO

No...

FRANCISCA

En fin, es preciso que hayamos sido uno de los dos. Si no has sido tú, tengo que haber sido yo.

SANTIAGO

Escucha, Francisca, ¿y si hablásemos de otra cosa?

FRANCISCA

¡Ah, no! ¡Cuando me hayas explicado lo que has querido decir!

SANTIAGO

Pues bien; hagámonos cuenta de que no he dicho nada.

FRANCISCA

¡No, no, no! Eso no puede quedar así. Sería muy bonito decir una insolencia, y luego...

SANTIAGO

¿Te he dicho yo una insolencia?

FRANCISCA

¡Caramba! Si no crees que es una insolencia decirle a una mujer, que es tu querida desde hace seis meses, que nunca la has solicitado para que lo sea, entonces ¿qué es?

SANTIAGO

En ese caso, te pido mil perdones. He cedido, simplemente, al deseo de poner las cosas en su punto. He hecho mal. Perdóname.

FRANCISCA

¿Poner las cosas en su punto? ¿Por consiguiente, sigues en tus trece?

SANTIAGO

¿No recuerdas nuestra primera conversación?

FRANCISCA

¿Nuestra primera conversación?

SANTIAGO

Una de las primeras, si quieres. Fué en Versalles, a lo largo del Gran Canal. Me habías telefoneado por la mañana para proponerme ir a dar un paseo por el campo. Dejamos tu coche a la entrada del Parque, ¿te acuerdas?...

FRANCISCA

Me acuerdo; sí.

SANTIAGO

Apenas habíamos dado algunos pasos, cuando, de pronto, me dijiste esta frase, que no olvido: «En resumen, el gran error que cometen las mujeres es elegir al mismo hombre para hacer el amor y para hablar de él.» Yo encontré esto gracioso, y respondí: «Evidentemente, no puede uno esperar ser el primero a la vez en retórica y poética y en gimnástica.» Tú me hiciste coro, y añadiste amablemente: «Estoy segura que usted debe estar muy mal en retórica y poética.» Después, cambiamos algunas ideas llenas de originalidad, pero de las que no conservo un recuerdo exacto, acerca del trato de los hombres y de

las mujeres, y, finalmente, tú declaraste que no veías realmente qué era lo que podía impedir a dos seres que experimentaban una atracción física el uno hacia el otro, establecer entre ellos una familiaridad... de gestos, siempre que quedase bien sentado que toda incursión en el dominio sentimental quedaría rigurosamente prohibida... A mí me pareció encantadora la idea, y, como aquella conversación no llevaba trazas de terminar y era la hora del té, te propuse que fuéramos a tomarlo a mi casa, en París, lo cual tuviste la bondad de aceptar. He aquí, exactamente, cómo ocurrieron las cosas.

FRANCISCA

Y bien: ¿qué demuestra eso?

SANTIAGO

Yo siempre he creído que habíamos fijado aquel día las bases de nuestra asociación.

FRANCISCA (*encogiéndose de hombros*)

¡Como si todas las palabras que se dicen en esos casos tuviesen la menor importancia!

SANTIAGO

Aquéllas la tenían para mí. Adquirí el compromiso que podía cumplir. Si hubiera adquirido otros, no hubiera obrado decorosamente.

FRANCISCA

¿Crees decoroso lo que estás haciendo, querido? ¿Te parecía tan indigno de ti amarme?

SANTIAGO

¡No se trata de eso!...

FRANCISCA

Pues por extraordiario que te parezca, hay muchos hombres que piensan de otro modo.

SANTIAGO

¡Estoy seguro de ello, Francisca! Eres una mujer en extremo seductora, y sé muy bien que muchos hombres quisieran estar en mi lugar. ¡Lamento de veras que me comprendas tan mal! He querido decir, sencillamente, que, en las circunstancias en que nos conocimos, no podía prometerte otra cosa... que lo que te prometí.

FRANCISCA

¿Porque querías a otra, indudablemente?... Y la quieres todavía, ¿no es cierto?... Dilo. Pero, dilo.

SANTIAGO

Francisca, eso corresponde al dominio sentimental. Yo no he penetrado nunca en el tuyo, lo reconocerás. Respeta el mío.

FRANCISCA

¿Quién es?

SANTIAGO

¡Calla, por favor!

FRANCISCA

¿No quieres decírmelo?

SANTIAGO

¡No tengo nada que decirte!

FRANCISCA

¡Oh, lo sabré! No debe de ser muy difícil... ¿La conozco yo?

SANTIAGO

¡Te aseguro, Francisca, que estás perdiendo el tiempo!

FRANCISCA (*tratando de adivinar*)

Veamos: una mujer a la que querías ya hace seis meses, y que no te quiere...

SANTIAGO

¿Cómo sabes que ella no me quiere?

FRANCISCA

¡Diablo! Porque, de no ser así, supongo que no habrías buscado distracciones en otra parte. Eso es todo lo que, en definitiva, he sido yo para ti: una distracción.

SANTIAGO

Te equivocas, Francisca.

FRANCISCA

Eres muy amable, pero no te consideres obliga-

do a protestar... Mira: apuesto cualquier cosa a que sé quién es.

SANTIAGO

¡Ah!

FRANCISCA

¿La menor de las Barentier?

SANTIAGO

Esa.

FRANCISCA

¿No es ella?

SANTIAGO

Sí, sí. ¡Ella es!

FRANCISCA

¡Señor, cómo me fastidias!

SANTIAGO

Francisca, ¿y si cambiásemos de conversación? (*En este momento, aparece Jorge en el foro. Santiago, al verle, se levanta. A Francisca.*) ¡Perdón!... (*A Jorge.*) ¿Qué hay?

JORGE

He entregado la carta.

SANTIAGO

¿Ha encontrado usted a ese señor?

JORGE

Sí, señor. No me ha dado la respuesta, pero me

ha encargado que le diga al señor que va a venir a verle.

SANTIAGO

¡Ah!... ¿Cuándo?

JORGE

Ahora, señor.

SANTIAGO

¿Cómo? ¿Ahora mismo?

JORGE

Sí, señor. Me ha preguntado si el señor estaba en casa. Yo le he dicho que creía que sí. Entonces, me ha dicho que iba a venir.

SANTIAGO (*después de una pausa*)

Está bien... Le hará usted pasar al salón, cuando venga.

JORGE

Sí, señor. (*Sale.*)

FRANCISCA

¿Esperas a alguien?

SANTIAGO

Sí. Dispénsame, Francisca. Es... un... hombre de negocios, con quien tengo que hablar... de un asunto muy urgente..., relacionado con mis intereses en Marruecos.

FRANCISCA

Sí, sí.

SANTIAGO

No esperaba su visita. Al menos, no la esperaba hoy; de lo contrario...

FRANCISCA

Pero si eso no importa; no importa absolutamente nada. Además, no teníamos ya mucho que decirnos..., ¿verdad?

SANTIAGO

No sé, Francisca.

FRANCISCA

...Mira, Santiago; ahora me doy cuenta de que... en el diálogo que venimos sosteniendo desde hace seis meses, casi he sido yo sola la que ha hecho las preguntas y las respuestas. Comprendo que ya es bastante y que ha llegado el momento de poner punto final... ¿No eres de la misma opinión?

SANTIAGO

...Como tú quieras.

FRANCISCA

¡Ah, bueno!

SANTIAGO

¿Qué?

FRANCISCA

Nada, nada. Temía que pusieses dificultades... ¡Oh, por cubrir las formas! Pero veo que aceptas

valerosamente tu destino, y que ni siquiera juzgas conveniente protestar. ¡Enhorabuena! Te felicito por tu resignación... (*Pausa.*) ¿En qué piensas?

SANTIAGO (*que está ausente*)

En... ti; en lo que acabas de decir...

FRANCISCA

No...

SANTIAGO

Perdóname, Francisca; estoy, en efecto, bastante preocupado por esa visita que espero. Tienes que disculparme. ¿No podíamos volver a vernos en otro momento?... ¿Mañana, por ejemplo?

FRANCISCA

¿Para qué?

SANTIAGO

Quisiera... tratar de explicarme..., de justificarme...

FRANCISCA

¿Para qué? ¡He comprendido, te lo aseguro! ¡He comprendido demasiado bien... (*Hace lo posible por no llorar; pero no puede retener una lágrima, que se enjuga con el pañuelo.*)

SANTIAGO (*acercándose a ella*)

Francisca...

FRANCISCA

No hagas caso... Ya se acabó... Ahora, des-

pidámonos cortésmente, como personas bien educadas que somos y como buenos amigos... Te echaré de menos, mi querido Santiago...

SANTIAGO

¡Oh! ¡Vamos!...

FRANCISCA

Sí, sí; te lo aseguro. No es tuya la culpa: perteneces a la clase de hombres a los que se echa de menos... A pesar de todo, nos quedan algunos recuerdos no muy desagradables, ¿verdad?

SANTIAGO

Sí, Francisca; recuerdos deliciosos...

FRANCISCA

A pesar de que, como has dicho, no son recuerdos de amor..., no por eso reniego de ellos... Además, créeme, Santiago... Cuando una mujer se obligue a amarte, no debes creerla siempre; y cuando prometa no amarte, tampoco debes creerla enteramente...

SANTIAGO

¡Mi Francisca querida!

FRANCISCA

¡Vaya! No nos enternezcamos.

SANTIAGO

Permíteme, al menos, que te escriba.

FRANCISCA

Eso, sí; escríbeme una bella carta llena de pensamientos delicados y un poco melancólicos acerca de las cosas que acaban, y mándamela por conducto del florista con algunos de esos claveles que tanto me gustan. Esperaré que se marchiten para tratar de olvidarte. ¿Adiós? (*Le tiende la mano. Santiago posa en ella los labios. Francisca se dirige luego hacia la puerta del foro. Se oye un timbrazo.*)

SANTIAGO

Espera un segundo, ¿quieres? (*Entreabre la puerta, y escucha un instante. Luego, la abre en el momento en que aparece Jorge.*) ¿Es ese caballero?

JORGE

Sí, señor.

SANTIAGO

Está bien. (*Jorge se retira. Santiago se aparta para dejar pasar a Francisca, que le hace un leve saludo con la cabeza y luego se vuelve, una vez franqueada la puerta.*)

FRANCISCA (*descubriendo su emoción*)

¿No olvidarás los claveles?... (*Sale. El la acompaña; reaparece, al cabo de un instante, y va a abrir la puerta de la derecha.*)

SANTIAGO (*entre bastidores*)

Señor, ¿quiere tomarse la molestia de pasar? (*Se aparta algunos pasos. Aparece Aiguines y se detiene; luego, va hacia él, con la mano tendida.*)

AIGUINES

¿Cómo estás?

SANTIAGO (*sorprendido*)

¿Cómo? ¿Eres?...

AIGUINES

Soy yo; sí. ¿No sabías que era a mí a quien escribías esa carta?

SANTIAGO

No; de lo contrario...

AIGUINES

Supongo que no me habrías dado ese tratamiento... ¿Pero no te decía nada mi nombre?

SANTIAGO

Sí; pero creía que el Aiguines a quien tenía que dirigirme era de más edad.

AIGUINES

¿De más edad? ¿Por qué?

SANTIAGO

En fin; poco importa Me acordaba de que tenías primos, y creí que se trataba de uno de ellos.

AIGUINES

¡Ah!... ¿Y a propósito de qué?...

SANTIAGO

Ahora te explicaré. (*Pausa.*) Siéntate.

AIGUINES

Me miras... Me encuentras cambiado, ¿eh?... Estoy seguro de que no me habrías reconocido.

SANTIAGO

Sí... Sin embargo...

AIGUINES

¡Diablo! Hace unos veinte años que no nos hemos visto. Desde los felices tiempos en que desgastábamos los fondillos de nuestros pantalones sobre los bancos de Gerson... ¡Y veinte años dejan huella! En algunas personas, por lo menos. Tú, en cambio, no has variado casi nada... Siento un gran placer en volver a verte, ¿sabes?

SANTIAGO

Gracias.

AIGUINES

Es raro que no nos hayamos encontrado nunca. Claro que yo no he estado mucho tiempo en Francia. ¿Y tú? ¿Qué ha sido de tu vida?... ¿No has estado en Marruecos hace poco?

SANTIAGO

Sí.

AIGUINES

¿Quién me lo había dicho?... ¡Ah! Ya sé. ¿Te

acuerdas?... El gordo Sicard. Me lo encontré un día en Madrid. Estuvimos en el mismo hotel. Llegaba de Casablanca, creo, donde te había visto.

SANTIAGO

Sí.

AIGUINES

¿Y ahora te quedas aquí definitivamente?

SANTIAGO

Definitivamente; sí.

AIGUINES

¡Lo que es la vida! ¿De modo que no sabías que el Aiguines a quien pedías una entrevista, era yo?

SANTIAGO

No.

AIGUINES

Pues bien; yo no he vacilado al leer tu firma. ¡Por eso he venido en seguida! Santiago Virieu quería verme, y no podía hacerle esperar.

SANTIAGO (*después de una pausa*)

¿E sólo por eso por lo que has venido en seguida?

AIGUINES (*sorprendido*)

...¡Diablo! ¡Si no tengo la menor idea de lo que vas a decirme!

SANTIAGO

¿No tienes la menor idea?

AIGUINES

¡Oh! ¡Claro que no!

SANTIAGO

¡Ah!...

AIGUINES (*después de una pausa, mirándole*)

¿Sabes que me estás intrigando?... ¡La verdad, pareces un juez de instrucción!... ¿De qué se trata?

SANTIAGO

De quién, sería mejor decir.

AIGUINES

¿De quién?... Como quieras. Pues bien, ¿de quién se trata?

SANTIAGO (*después de una pausa*)

De Irene de Montcel.

AIGUINES (*contrariado bruscamente*)

¿De Irene de Montcel?

SANTIAGO

Sí... (*Pausa.*) Parece que comienzas a comprender...

AIGUINES (*nerviosamente*)

No... ¿Qué tienes que decirme, a propósito de la señorita de Montcel?

SANTIAGO

¿No te lo figuras?

AIGUINES

¡No!

SANTIAGO

Soy primo lejano suyo. Y, sobre todo, soy desde hace mucho tiempo su amigo, uno de sus mejores amigos. Digamos el mejor, si te parece.

AIGUINES

¿Y qué?

SANTIAGO

Lo sabías, ¿verdad?

AIGUINES

No sabía siquiera que la conocieses.

SANTIAGO

¿No ha hablado de mí nunca en tu presencia?

AIGUINES

Nunca.

SANTIAGO

¿No te ha hablado tampoco del... papel que alguien representaba en este momento cerca de ella?

AIGUINES

¿Qué papel?

SANTIAGO

¿No sabes que hay quien se ha comprometido a pasar ante los ojos de su padre por novio suyo o cosa análoga?

AIGUINES

¿Por novio suyo?

SANTIAGO

Para desviar las sospechas de su padre y permitirle quedarse en París; sí.

AIGUINES (*después de una pausa*)

¿Y ha sido a ti a quien ella ha pedido eso?

SANTIAGO

Sí.

AIGUINES

¿Y tú lo has hecho?

SANTIAGO

Sí. (*Pausa.*) ¿Ignorabas todo esto?

AIGUINES

¿Yo? Naturalmente que sí.

SANTIAGO

Pues, mira... Yo me figuraba que debías estar al corriente de ello.

AIGUINES

¿Puedo saber adónde vas a ir a parar?

SANTIAGO

He querido, sencillamente, que conozcas los títulos que poseo para hablarte de ella como voy a hacerlo.

AIGUINES

Bien. Pues lo siento mucho; pero yo no poseo

ningún título para escuchar lo que puedas tener que decirme acerca de esa joven. (*Se levanta.*)

SANTIAGO

Haz el favor de sentarte.

AIGUINES

Es inútil. Te repito que eso no me interesa.

SANTIAGO

Vamos, cálmate; si no, acabaré por creer que te interesa mucho, por el contrario...

AIGUINES (*violentamente*)

Pero bueno, ¿qué significa esto?

SANTIAGO

Pues bien; esto significa que una sospecha que yo ya tenía antes de tu visita está a punto de concretarse extrañamente, desde hace cinco minutos...

AIGUINES

¡Bueno! Pues mira, guárdate tu sospecha, y déjame que me vaya.

SANTIAGO (*colocándose entre Aiguines y la puerta*)

¡Te juro que me escucharás!

AIGUINES

¡Estás loco, palabra!

SANTIAGO

No.

AIGUINES

¿Quieres que te escuche?

SANTIAGO

Sí.

AIGUINES

Padeces un error; ya te lo he dicho.

SANTIAGO

Lo veremos.

AIGUINES

Yo ya te he prevenido. Haz lo que quieras.

SANTIAGO

Tranquilízate: no seré prolijo. Si, en contra de lo que supongo, lo que voy a decirte no te concierne, seguramente sabrás a quién hay que repetírselo... Cuando un hombre ocupa en la vida de una muchacha el lugar que... aquél para quien hablo ocupa en la vida de Irene; cuando se la obliga a hacer o se la deja hacer—que viene a ser lo mismo—lo que ella ha hecho para no alejarse de él, no tiene ninguna excusa admisible, ¿entiendes?, ninguna..., para no casarse con ella. Si ese hombre es libre, no hay que decir. Si no lo es, se las arregla como sea para serlo lo más pronto posible.

AIGUINES (*después de una pausa*)

¿Es eso todo?

SANTIAGO

Casi todo. Porque no quiero admitir la hipótesis de que el personaje en cuestión no sea un hombre honrado. En ese caso, el deber de un amigo es muy sencillo: prevenir al padre para que proteja a su hija. Pero espero que no será preciso llegar a eso.

AIGUINES

¿Has terminado ya?

SANTIAGO

Sí.

AIGUINES

Escúchame, entonces... A menos que yo esté alucinado, de todo esto resulta que tú me crees el amante, o poco menos..., de la señorita de Montcel. ¿No es eso?

SANTIAGO

Esa es la hipótesis más verosímil, en efecto.

AIGUINES

Pues bien; mírame, y, a pesar del estado de sobrexcitación en que pareces hallarte, procura ver claro: te doy mi palabra de honor de que te equivocas; de que yo no soy ni he sido nunca para ella nada más que un conocido, ¿entiendes?, ni siquiera un amigo... Ahora, créeme o no me creas. ¡Allá tú! No añadiré nada a lo que acabo de decir. Y ten por seguro que si me he tomado la

molestia de desengañarte, en lugar de marcharme encogiéndome de hombros, como se hace en presencia de un loco, ha sido únicamente en atención a nuestra antigua amistad.

SANTIAGO (*impresionado por la actitud enérgica de Aiguines, y con angustia*)

Entonces..., ¿quién es?

AIGUINES

No sé nada de eso... ¿Acaso tiene algún amante?

SANTIAGO

Sí.

AIGUINES

¿Te lo ha dicho?

SANTIAGO

Me lo ha dejado adivinar, que viene a ser lo mismo.

AIGUINES

No siempre. Quizá te hayas apresurado demasiado a formular la conclusión.

SANTIAGO

Vamos a ver. Esa es la única explicación posible. Además, si no fuese cierto, me habría desengañado, pues no ha podido dudar ni un segundo que yo estaba convencido de ello.

AIGUINES (*después de una pausa*)

De todos modos, lo siento mucho, pero no puedo suministrarte ningún dato. Y si no tienes otra cosa que decirme...

SANTIAGO

¿No querrás marcharte ya?

AIGUINES

Sí; tengo que marcharme. He venido en cuanto he recibido tu carta; pero... he de ausentarme de París dentro de pocos días; tengo mucho que hacer, y...

SANTIAGO

Te suplico que te quedes. Eres la única persona que puede ayudarme a aclarar esto, y es necesario que lo aclare.

AIGUINES

¡Pero si yo no sé nada!

SANTIAGO

¡No es posible! Debes tener... una idea, una sospecha. Viéndola continuamente...; sabiendo la vida que hace...; a quien ve...

AIGUINES

¡Pero si te equivocas! Yo no la veo continuamente... Sale con nosotros, de vez en cuando; pero... estoy mucho menos cerca de ella de lo que tú pareces creer.

SANTIAGO

Veamos; puede decirse que no ve a nadie más que a vosotros; se pasa todo el tiempo en tu casa. ¡Es imposible que no sepas algo!

AIGUINES (*fríamente, sin mirarle*)

No sé nada.

SANTIAGO

¡No te creo!

AIGUINES

Mira: basta ya...

SANTIAGO

Te he creído antes, te he creído sin pruebas, cuando me has dicho que no eras su amante. En ese momento, decías la verdad. Ahora, no. Mientes. Mientes, para no descubrir el secreto de otro, que probablemente es amigo tuyo. ¿No es eso?

AIGUINES

¡No sé nada!

SANTIAGO

¿Y no comprendes que hay que acudir en auxilio de esa niña; que no se la puede dejar que se comprometa cada día más en una aventura en la que quizá esté a punto de perderse?... ¡Y si no fuera más que eso!... Pero, naturalmente, ha comenzado a sufrir... ¿Qué es lo que le pasa con el otro?... ¿Ha advertido que quería dejarla?...

No lo sé. Lo único que sé es que se pasa el tiempo llorando, encerrada en su habitación. Esta es su situación actual...

AIGUINES

¡Qué quieres que yo haga! (*Con un ademán.*)

SANTIAGO

¿A ti te da lo mismo?... ¡A mí, no! ¡Daría mi vida, ¿entiendes?, daría mi vida, con tal de que ella fuese feliz!

AIGUINES (*le mira sorprendido; luego, dice*):

¿La quieres, pues?

SANTIAGO

Soy su amigo.

AIGUINES

¡Vaya, respóndeme! No se hace lo que tú has hecho simplemente por amistad; no se acepta el desempeño de esa comedia de noviazgo, y, sobre todo, no se pone uno como tú te has puesto hace un instante... ¿La quieres?

SANTIAGO

Pues bien, sí; ¡la quiero! ¡La quiero desde hace diez años, y no querré a nadie más que a ella. ¡Ya lo sabes!

AIGUINES (*va hacia él, le pone las manos sobre los hombros y le contempla*)

¿La quieres de verdad?

SANTIAGO

¡Sí!

AIGUINES

¡Entonces, abandona el campo, amigo mío! Vete a cualquier parte, pero muy lejos y para mucho tiempo, y no vuelvas hasta que estés curado. Esto es todo lo que puedo decirte.

SANTIAGO (*sorprendido*)

¿Qué significa eso?

AIGUINES

Que te doy un consejo, un buen consejo, y nada más.

SANTIAGO

¿Vas a explicarme lo que has querido decir?... ¿Eh?...

AIGUINES (*con cierta confusión*)

Pero..., si no hay nada que explicar... Tú quieres a esa muchacha, y, a juzgar por lo que dices, ella quiere a algún otro. En estos casos, creo que lo mejor que uno puede hacer es retirarse. ¿No te parece?

SANTIAGO

¿Retirarse, dejándola entre las manos del otro, de un Don Juan, probablemente, que la ha deseado y le ha hecho creer que se va a casar con ella?...

AIGUINES

¿Es, realmente, tan ingenua?

SANTIAGO

Una mujer siempre es ingenua la primera vez que ama. Y, para ella, ésta es la primera vez. Tengo motivos para saberlo Si hubiera querido a alguien antes que a ese, hubiera sido a mí; a mí, que la adoraba, y que he vivido hasta el año pasado con la esperanza de que acabaría por ser mi mujer. Y lo hubiera sido, ¡sabes!, si el otro no se hubiera presentado... Yo no he luchado: no valía la pena. Sólo que ya que él ha causado mi desdicha, al menos que labre la felicidad de ella. ¡Y, por eso, es preciso que yo le encuentre!

AIGUINES

No puedes hacer nada por ella.

SANTIAGO

¿Cómo lo sabes?

AIGUINES

Nadie puede hacer nada por ella.

SANTIAGO

¿Por qué? (*Aiguines calla.*) ¡Vamos, acabas de descubrirte! Ahora no continuarás pretextando que no sabes absolutamente nada. Ya no puedes callarte.

AIGUINES

Déjala. No medies en este asunto: créeme. Y no me preguntes nada más.

SANTIAGO

Veamos: no supondrás que voy a contentarme con esas frases enigmáticas que no tienen más que un resultado: el de inquietarme más aún. ¡No es un consejo lo que te pido, sino ¡un nombre!

AIGUINES (*bruscamente*)

¿El nombre de su amante? ¡No tiene ningún amante! ¿Estás ahora satisfecho?

SANTIAGO

¿Qué?

AIGUINES

¡Acaso fuera mejor para ella tenerlo!

SANTIAGO

No comprendo.

AIGUINES

De un amante, aunque se tratase del peor de los hombres, se puede escapar, se le puede olvidar. En tanto que ella...

SANTIAGO

¿Qué? ¡Acaba!

AIGUINES

No es la misma esclavitud... Y esa... (*Hace un ademán.*)

SANTIAGO

¿No es la misma esclavitud?

AIGUINES

No sólo un hombre puede ser peligroso para una mujer... En algunos casos, puede serlo una mujer. ¡Ya lo sabes!

SANTIAGO

¿Una mujer?

AIGUINES

Sí.

SANTIAGO

¿Qué me dices? ¿Es por causa de una mujer por lo que Irene se niega a seguir a su padre a Roma?

AIGUINES

Sí.

SANTIAGO

¿Es por causa de una mujer por lo que llora?

AIGUINES

Sí.

SANTIAGO

¿Qué clase de historia es ésta?

AIGUINES

Es una historia como hay algunas... contra lo que puedan suponer los hombres... Una de esas historias en las que no creen, en general, o que les hacen sonreír, divertidos y más bien indulgentes.

SANTIAGO

¡Vamos! ¡Eso es imposible! Irene es una mujer muy equilibrada...

AIGUINES

¿Quién demuestra eso?

SANTIAGO

¿Estás seguro de ello?

AIGUINES

Sí.

SANTIAGO

¿Tú... conoces a esa mujer?

AIGUINES

...La conozco; sí:

SANTIAGO (*después de una pausa*)

¡Estoy estupefacto!...

AIGUINES

Y un poco aliviado, ¿no?

SANTIAGO

¡Caramba!... Después de lo que había temido...

AIGUINES

Lo prefieres... (*Pausa.*) Pues bien; haces mal en preferirlo.

SANTIAGO

¿Tú preferirías que tuviese un amante?

AIGUINES

¿En tu lugar?... Cien veces, mil veces mejor.

SANTIAGO

¿Estás loco?

AIGUINES

Tú eres el que está loco... Si tuviese un amante, yo te diría: «Paciencia, amigo mío. Paciencia y valor. No se ha perdido nada. Un hombre no es eterno en la vida de una mujer. Tú la quieres. Volverá a ti, si sabes esperarla.» Pero, en este caso, te digo: «No la esperes. No merece la pena. No volverá. Y si alguna vez el Destino la interpone en tu camino, rehúyela. Rehúyela, ¿entiendes? Si no, estás perdido. Te pasarás la vida corriendo detrás de un fantasma al que no alcanzarás nunca.» Porque no se las alcanza nunca. Son como unas sombras. Hay que dejarlas que se paseen en su reino de sombras. No debemos acercarnos a ellas. Son peligrosas. Sobre todo, no debemos querer ser algo para ellas, aunque sea muy poco. ¡En eso está el peligro! Porque, a pesar de todo, ellas nos necesitan un poco en la vida. No siempre es fácil vivir para una mujer. Así, pues, si un hombre le propone ayudarla y partir con ella lo que posee y darle su nombre, ella acepta, como es natural. ¿Qué puede importarle eso? Con tal de que no se le pida amor, de lo demás no es avara. Sólo que, ¿concibes lo que puede ser la existencia de ese hombre, si tiene la desgracia de amar, de adorar

a la sombra cerca de la cual vive? Di, ¿lo imaginas?... Pues bien; créeme, amigo mío: es una existencia insoportable. Le consume a uno... Se envejece antes de tiempo, y, a los treinta y cinco años, mira: se tienen los cabellos grises.

SANTIAGO (*contemplándole, sobrecogido*) ¿Cómo?

AIGUINES

Pues bien; sí... Que mi ejemplo te sirva a ti, al menos. ¿Comprendes? No son para nosotros. ¡Hay que rehuirlas! ¡Hay que dejarlas! ¡No hagas lo que yo! No digas, como yo he dicho en circunstancias casi idénticas a las tuyas: «¡Ah, bueno! No es más que esto... Amistad apasionada... Intimidad demasiado afectuosa... Nada grave. ¡Ya sabemos lo que es eso!» ¡No! ¡Lo ignoramos! ¡No sabemos lo que es! Es algo misterioso... y terrible. La amistad, sí, es la máscara. A cubierto de la amistad, una mujer se introduce en un hogar cuando quiere, como quiere, a todas las horas del día, y lo envenena todo, y lo destruye todo, sin que el hombre cuyo hogar va a ser asolado se dé cuenta siquiera de lo que ocurre. ¡Cuando se da cuenta es demasiado tarde, y se encuentra solo! Solo, ante la alianza secreta de dos seres que se entienden, que se adivinan, porque son semejantes, porque son del mismo sexo, pertenecientes a

otro planeta que él, el extraño, el enemigo... ¡Ah! Contra un hombre que quiere arrebatarnos a una mujer podemos defendernos: luchamos, al menos, con armas iguales, y tenemos el recurso de abofetearle... Pero en este otro caso..., no podemos hacer nada más que marcharnos, cuando podemos, cuando tenemos fuerzas para ello... ¡Y esto es necesario que hagas tú!

SANTIAGO

...¿Por qué tú no lo haces?

AIGUINES

¡Oh! No es la misma situación... Yo no puedo abandonarla. Hace ocho años que nos casamos. ¿A dónde iría ella?... Además, es demasiado tarde: no podría ya vivir sin ella... ¿Qué quieres? La adoro... (*Pausa.*) ¿No la has visto nunca? (*Santiago hace seña de que no*). Lo comprenderías mejor si la conocieses... Tiene... todas las seducciones, todas... En cuanto se acerca uno a ella, se experimenta..., no sé como decir..., una especie de encanto. No sólamente yo. Todo el mundo. Pero yo, más que nadie, porque vivo a su lado. Creo que es el ser más encantador y más armonioso que ha existido nunca... Cuando estoy lejos de ella, algunas veces tengo energías para odiarla por todo el mal que me ha hecho; pero, a su lado, estoy vencido:

la contemplo, la escucho, la admiro... (*Un silencio*).

SANTIAGO (*que sigue su pensamiento*)

Dime por qué sufre Irene.

AIGUINES

¡Ah! Eso... No lo sé. Crees que recibo confidencias, ¿verdad?... Sufre, quizá, como puede sufrir un ser débil cuando es presa de un ser fuerte, en tanto que no ha abdicado.

SANTIAGO

¿Irene, un ser débil?

AIGUINES

¿Ante la otra? ¡Oh, sí! (*Pausa.*) Se resiste, quizá, aún...

SANTIAGO

¡Ah! (*Pausa*). ¿Es por eso por lo que sufre?

AIGUINES

Por eso... o por otra cosa. No tiene más que la dificultad de la elección.

SANTIAGO

Explícate.

AIGUINES

¿Por qué no ha de sufrir? Yo también sufro, mucho.

SANTIAGO

¡No es lo mismo!

AIGUINES

¿Tú crees?... Supongo, por el contrario, que debe de ser muy semejante. ¡No hay más que una manera de amar y una manera de sufrir! Existe la misma fórmula para todo el mundo, y, en este respecto, podemos darnos la mano ella y yo, desde hace algún tiempo. Sólo que ella no ha adquirido todavía la costumbre... Yo, ya la tengo

SANTIAGO

No estoy seguro de comprenderte.

AIGUINES

¿No has oído hablar de un viaje?

SANTIAGO

¿De un viaje?

AIGUINES

Por el Mediterráneo, en un yate..., en un yate americano. ¿No?

SANTIAGO

No. (*Pausa*). ¿Toma parte en ese viaje?

AIGUINES

No sé. Por eso te pregunto si te ha hablado de ello.

SANTIAGO

No me habla nunca de nada. Además, la veo muy poco.

AIGUINES

...En su lugar, yo me negaría a ir.

SANTIAGO

¡Ah!

AIGUINES

Pero dudo que pueda hacerlo. En fin: allá ella... El que importa eres tú. ¿Qué vas a hacer? ¿Seguirás mi consejo? ¿Te alejarás de ella?

SANTIAGO (*pensativo*)

No sé todavía. Ya lo veré.

AIGUINES

No esperes nada, amigo mío. Créeme.

SANTIAGO

Exageras el peligro, en lo que a mí concierne. La veo muy poco: te lo repito.

AIGUINES

¿Qué importa eso? Ella sabrá encontrarte cuando tenga necesidad de ti. Te lo prevengo. Pues bien; aun prevenidos, nos dejamos coger. Acuérdate de lo que te digo... Vete.

SANTIAGO

¿Pero adónde quieres que vaya?

AIGUINES

A cualquier parte, con tal de que sea lejos. (*Pausa*). ¿No has conservado intereses en Marruecos?

SANTIAGO

Sí; pero...

AIGUINES

Vuélvete allá, por algún tiempo. Allí, por lo menos, no te tendrá al alcance de su mano.

SANTIAGO

Te aseguro que, si la conocieses mejor, te darías cuenta de que tus temores son quiméricos. Ha podido volverse hacia mí en un instante de enloquecimiento; pero, de eso a continuar haciéndolo, va mucha diferencia: es demasiado orgullosa. Y, además, no veo, verdaderamente, en qué podría yo servirle.

AIGUINES

¿Acaso eso se sabe? (*Pausa*). Si no quieres marcharte, entonces busca una mujer que te guste, una verdadera mujer que ame el amor, éste, nuestro amor... Y procura que te haga olvidar a la otra.

SANTIAGO

Ya lo he hecho.

SANTIAGO (*después de una pausa*)

¡Ah! ¿Y no ha bastado? (*Santiago hace seña de que no*). Ya ves cómo no exageraba demasiado el peligro. Así, pues, no queda más recurso que el de la ausencia. Y yo, en tu lugar, no tardaría en uti-

lizarlo. Ahora, allá tú. (*Se oye un timbrazo*) ¿Esperas a alguien?

SANTIAGO

No.

AIGUINES

De todos modos, te dejo... Adiós, Santiago.

SANTIAGO

Gracias.

AIGUINES

¡Oh! (*Hace un ademán*). Si lograra, al menos, haberte convencido. (*Jorge aparece por el foro*).

SANTIAGO

¿Qué hay?

JORGE

La señorita de Montcel pregunta si el señor puede recibirla.

SANTIAGO (*emocionado*)

¡Oh!

JORGE

Le he dicho que venía a ver si el señor estaba aquí.

SANTIAGO

Hágale entrar en el salón y cierre la puerta de la antesala.

JORGE

Bien, señor.

SANTIAGO

¿Es la señorita Irene?

JORGE

Sí, señor. (*Sale.*)

SANTIAGO

No me esperaba esta visita, en verdad.

AIGUINES

Oye: supongo que no pensarás revelar a Irene de Montcel una sola palabra de nuestra conversación, ¿verdad?

SANTIAGO

¿Estás loco?... ¿Crees que ella me perdonaría de saber?...

AIGUINES

Bien. Eso es todo. Ahora..., ¡buena suerte! (*Se estrechan la mano.*) Y acuérdate de que, por mucho que hagas, no será para ti... No son para nosotros nunca. ¡Adiós! (*Sale. Santiago le acompaña. La escena queda vacía algunos instantes; luego, reaparece Santiago por la derecha, con Irene.*)

IRENE

¿De verdad no te molesto?

SANTIAGO

De verdad.

IRENE

Me lo dirías, ¿no?

SANTIAGO

Te lo diría.

IRENE

¿Estabas solo?

SANTIAGO

Estaba... con un amigo; pero se iba a marchar cuando tú has llamado.

IRENE

Pero esperarás tal vez a alguien.

SANTIAGO

A nadie.

IRENE

Entonces, ¿puedo quedarme? ¿No te molesto?

SANTIAGO

Tú no me molestas nunca.

IRENE

Te habrás sorprendido cuando te hayan dicho que era yo.

SANTIAGO

Un poco; sí.

IRENE

Te habrás preguntado qué vendría yo a hacer aquí, ¿verdad?... Habrás pensado: «¡Ah! ¿Pero es que me va a acosar hasta en mi casa ahora?...» ¿No has pensado eso?

SANTIAGO

He pensado que, sin duda, debías tener que hablarme.

IRENE

Sí.

SANTIAGO

Pues bien; te escucho.

IRENE (*sonriendo*)

¡Oh, así no! ¡No pongas esa cara! ¡No me hables como un notario atareado a una cliente! ¡Sé un poco amable, un poco afectuoso!... ¡Deja ese aspecto severo!

SANTIAGO

¿De dónde sacas que mi aspecto es severo?

IRENE

Tú siempre tienes el aspecto severo, ahora.

SANTIAGO

Te equivocas...

IRENE

¡Sé bueno, digo!... ¡Como en otro tiempo!... ¡Necesito tanto de tu bondad!

SANTIAGO

¡Ah, ah!

IRENE

¿Por qué dices: «¡Ah, ah!»?

SANTIAGO

Por nada. Vaya, continúa.

SANTIAGO

¿Te extraña que te pida que seas bueno, que seas afectuoso?

SANTIAGO

¡Oh! Hace ya algún tiempo que he renunciado a asombrarme de nada tuyo, Irene...

IRENE

¡No seas malo!... Te he dado motivos para que lo seas, no lo olvido. Pero no lo seas, sin embargo, ¿sabes?... Por lo menos, no lo seas hoy. (*Vuelve la cabeza para ocultar las lágrimas.*)

SANTIAGO (*con más amabilidad*)

¿Qué te pasa?

IRENE

Nada... No hagas caso.

SANTIAGO

¿No quieres sentarte?

IRENE

Gracias.

SANTIAGO

¡Dispénsame un segundo! Voy a advertir que, si viene alguien, digan que no estoy. (*Sale un instante; luego, vuelve.*) ¿Quieres tomar una taza de te?

IRENE

No, gracias. (*Pausa.*) Santiago, quisiera que me dijeses una cosa...

SANTIAGO

¿Qué?

IRENE

Desde que te pedí, desde que aceptaste el representar esa comedia ante papá, ¿sientes menos afecto por mí?

SANTIAGO

¿Por qué me preguntas eso?

IRENE

Necesito saberlo.

SANTIAGO

Siento el mismo afecto; pero...

IRENE

Pero, ¿qué?

SANTIAGO

Ese afecto se ha modificado. Antes, te admiraba. Ahora, te compadezco.

IRENE (*pensativa y sin mirarle*)

Y me desprecias.

SANTIAGO

Te compadezco.

IRENE

Tienes razón... Soy digna de lástima, y nunca

sabrás hasta qué punto... (*Pausa.*) Pero, ¿tú sigues siendo amigo mío?

SANTIAGO

Sí.

IRENE

¡Tengo tanta necesidad de oírtelo decir, de estar segura de ello!... Santiago, tú no sabes todo lo que eres para mí.

SANTIAGO

¿Tanto soy?

IRENE

No; no seas irónico... Dices que me compadeces. Pues bien; demuéstramelo.

SANTIAGO

¿Qué he de hacer?

IRENE

¡Oh, nada!... Testimoniarme un poco de cariño y de indulgencia nada más.

SANTIAGO

¿Acaso no eres dichosa?

IRENE

¿Dichosa?

SANTIAGO

Sí.

IRENE

Hay momentos en que quisiera morirme.

SANTIAGO

Evidentemente, esa es una solución; pero...

IRENE

¿No lo crees?

SANTIAGO

Me parece que exageras. ¡Si fuera uno a matarse siempre que no es feliz!...

IRENE

¡Oh, no pienso en matarme! Para matarse, se necesita valor. ¡Y yo no tengo ni siquiera valor! Ya no tengo nada...

SANTIAGO

Pareces, en efecto, muy desamparada, mi pobre Irene. Sin embargo, has conseguido lo que solicitabas. Querías a toda costa quedarte en París. Pues bien; aquí estás... ¡Ah! A este respecto, he de decirte que es preciso que escriba a tu padre.

IRENE

¿A papá?

SANTIAGO

Sí. Convinimos que la situación en que nos encontramos no se prolongaría después de su marcha. ¿Te acuerdas?

IRENE

Sí. ¿Y qué?

SANTIAGO

Además, insistió mucho en que le diese a conocer mis intenciones lo antes posible, y me comprometí a ello. Hace más de un mes que se fué; no le he escrito todavía, y ya es tiempo de que lo haga.

IRENE

¡Ah!

SANTIAGO

Le diré que las dificultades que presentaban mis negocios en el momento de su partida han aumentado; y que, en tales condiciones, no me es posible hacer proyecto alguno para el porvenir... ¿Te parece bien?

IRENE

Como quieras

SANTIAGO

Le diré, además, que voy a marcharme a Marruecos para vigilar de cerca los intereses que tengo allá.

IRENE

Pero no será cierto; no te irás...

SANTIAGO

Sí; probablemente.

IRENE

¡Oh!... (*Pausa.*) ¿Y por qué? ¿Realmente a causa de tus negocios?

SANTIAGO

No.

IRENE

Entonces... ¡Ah! ¿No vas solo?

SANTIAGO

¿Cómo que no voy solo?

IRENE

...¿Te acompaña alguien?

SANTIAGO

No; nadie.

IRENE

Entonces, ¿por qué tienes que irte?

SANTIAGO

Necesito cambiar de aire. El de aquí no me sienta bien. (*Pausa.*) Hace mucho tiempo que debiera haberme ido: hace un año, cuando volviste de Italia. Quizá ahora estuviese curado.

IRENE

¿Es por mi causa por lo que te marchas?

SANTIAGO

¡Claro!

IRENE

¿De verdad?

SANTIAGO

¿No te parece que ya es tiempo de que piense un poco en mi descanso, en mi tranquilidad?...

No puedo pasarme la vida queriéndote y volviendo a sufrir cada vez que te veo.

IRENE

Pero ¿me quieres todavía, Santiago? ¿Es cierto?

SANTIAGO

Te extraña, ¿verdad?

IRENE

Después de todo lo que has debido suponer de mí en estos últimos tiempos, creí que habrías variado, probablemente...; que ya no me querías... Pensaba esto..., pero esperaba lo contrario...

SANTIAGO

¿Esperabas lo contrario?

IRENE

Sí.

SANTIAGO

¿Esperabas que continuaría queriéndote?...

IRENE

Sí.

SANTIAGO (*después de una pausa*)

No comprendo.

IRENE (*sin mirarle*)

No te vayas, Santiago.

SANTIAGO

¿Cómo?

IRENE

No te vayas. (*Santiago la mira un instante, estupefacto, en silencio.*)

SANTIAGO

¡Ah, sí, sí!... Ya comprendo.

IRENE

¿Qué comprendes?

SANTIAGO

Temes que tu padre te llame a su lado cuando reciba mi carta y se entere de que no estoy aquí, ¿eh? O que venga a buscarte... Pues bien; tanto peor. Lo siento; pero esta vez no hay que contar conmigo. Haz lo que quieras; arréglatelas como puedas, pero esta misma noche le escribiré a tu padre.

IRENE (*encogiéndose de hombros*)

Escríbele cuando quieras; me es igual.

SANTIAGO (*sarcástico*)

¡Ah! ¿De veras?

IRENE

¡Ah!... En absoluto: te lo juro.

SANTIAGO

¿Entonces, por qué no quieres que me vaya?

IRENE (*con desfallecimiento*)

¡Oh!... Por nada. (*Se levanta.*)

SANTIAGO

Siéntate y respóndeme.

IRENE

No; no vale la pena. Vete, vete, puesto que tanta prisa tienes por olvidarme. ¡Vete!...

SANTIAGO (*después de una pausa*)

¡Esto es demasiado! ¡Ah, Irene! ¿A qué juegas conmigo en este momento?... ¿Te das cuenta de que esto se parece, como una gota de agua a otra, a la más refinada coquetería?... Di, ¿te das cuenta de ello?

IRENE

Es verdad; perdóname. Ya no sé lo que digo... ¡Oh, Santiago! ¡Soy tan desgraciada! (*Se deja caer en una silla y llora.*)

SANTIAGO (*conmovido, yendo hacia ella*)

¿Qué te pasa?

IRENE (*abrazándose a él*)

¡No debes abandonarme!... ¡Estoy tan sola, soy tan miserable!... ¡No tengo a nadie más que a ti, Santiago! ¡Sólo tú puedes acudir en mi ayuda!

SANTIAGO

Pero ¿qué quieres de mí?

IRENE

¡Que me protejas! ¡Que me defiendas!

SANTIAGO

¿Que te defienda?

IRENE

¡Sí!

SANTIAGO

Te aseguro, Irene, que hago todo lo que puedo por comprenderte; pero...

IRENE

¡Ah, lo sé! Debo de parecerte loca... ¡Pues bien, sí; estoy loca! Hay que tratarme como a una loca... Y cuidarme, también... Si no vienes en mi auxilio ahora, en seguida..., luego será demasiado tarde.

SANTIAGO

¿Te amenaza algún peligro?

IRENE

Sí.

SANTIAGO

¿Un peligro inminente?

IRENE

Sí.

SANTIAGO

¿No puedes decirme de qué se trata?

IRENE (*después de haber vacilado*)

...De una separación, de un viaje... ¡Y no debo partir! ¡No quiero partir!... ¡Si me voy, se acabó todo, estaré perdida!...

SANTIAGO

Bueno, ¿y qué es lo que te obliga a partir?

IRENE

¡Ah!... (*Con un ademán.*) Tengo miedo de mí misma.

SANTIAGO

Pues toma el tren para Roma con Gisèle, y ve a reunirte con tu padre.

IRENE

Ya he pensado en ello... Pero, cuando llegue el momento, no me iré, no tendré fuerza de voluntad...

SANTIAGO

Sí. Yo te ayudaré, si quieres.

IRENE (*moviendo la cabeza*)

Volvería después.

SANTIAGO

¡No!

IRENE

¿No sabes que tengo horas, como en este momento, en que veo claro, en que soy dueña de mi buen sentido, de mi libre albedrío?... En cambio, tengo otras horas en que me falta, en que no sé lo que hago... ¡Es... como si estuviese en una prisión a la que tuviera que volver a pesar mío! Estoy...

SANTIAGO

Fascinada...

IRENE

Sí... Necesitaría que alguien me guardase, me retuviese...; alguien que hubiese comprendido o adivinado ciertas cosas... que no puedo decir, que no diré nunca...

SANTIAGO

¿Es eso lo que esperas de mí?... ¿Y cómo quieres que yo te retenga, que te impida hacer algo? ¿Acaso tengo la menor influencia sobre ti? ¿Acaso has escuchado alguna vez mis consejos? Acuérdate de que, hace un mes, me enviaste a paseo.

IRENE

Ya no es lo mismo.

SANTIAGO

Pues, ¿qué ha cambiado?

IRENE

Muchas cosas. Ahora, te escucharé. Quiero escucharte.

SANTIAGO

¡Pero no podrás! ¡No te dejarán! ¿De qué medio dispongo yo para luchar? ¿Qué te diré para convencerte, que tú no sepas ya, puesto que acabas de reconocer tú misma que ese viaje constituiría tu pérdida? ¿Qué se puede añadir a eso?... Además, ¿crees que las buenas palabras bastarían para retenerte en una de esas horas de extravío de que hablas?... (*Irene mueve la cabeza.*) ¡Ya lo

ves!... Y no voy a retenerte a la fuerza, ¿verdad? Entonces, ¿qué es lo que puedo hacer por ti?

IRENE

¡Todo! Puedes salvarme...

SANTIAGO

Pero, ¿cómo?

IRENE

Tú eres el único que puede salvarme...

SANTIAGO

¿Por qué yo?

IRENE

Porque me quieres...

SANTIAGO

¡Precisamente por eso no puedo hacer nada! ¡En cuanto te viera sufrir, quedaría desarmado! ¡Una mujer no toma como enfermero a un hombre que la quiere!

IRENE

...Como enfermero, no...

SANTIAGO

¿Como qué, entonces?

IRENE (*sin mirarle*)

Santiago... ¿quieres que te pertenezca?

SANTIAGO

¡Irene!

IRENE

¿Quieres?

SANTIAGO

¡Basta! ¡Cáliate!

IRENE

¿Por qué?

SANTIAGO

Entonces, ¿es eso..., es eso lo que has venido a ofrecerme?

IRENE (*bajando la cabeza*)

Sí.

SANTIAGO

¡Pobre Irene mía!

IRENE

¿No quieres?

SANTIAGO

¡Es que te quiero! ¿No comprendes lo que esto quiere decir?

IRENE

Sí.

SANTIAGO (*violentamente*)

Me ofreces tu cuerpo, tu pobre cuerpo en prenda, ¿no es eso? Quieres entregarte a mí para poder decir a esa mujer...

IRENE (*exhalando un grito*)

¡Santiago!

SANTIAGO (*como antes*)

¡Pues bien: sí; lo sé, lo he adivinado!... Quieres, ¿no es cierto?, decirle que te has entregado a

un hombre para que después de eso te deje tranquila... ¡Pero yo, yo, no es tu cuerpo lo que quiero! Es a ti, a ti toda entera, ¿sabes?... ¿Acaso puedes darme eso? Di. ¿Acaso se puede dar eso a un hombre al que no se quiere?... Porque, en fin, tú no me quieres, ¿verdad? No me quieres.

IRENE (*con desesperación*)

¡Desearía tanto quererte!... (*Se abate sobre su pecho, sollozando.*)

SANTIAGO (*trastornado*)

¡Pobrecita mía!

IRENE (*a través de las lágrimas*)

¿Crees que no sé que sería la felicidad para mí?... ¡Sé muy bien que mi sitio, mi verdadero sitio está aquí, sobre tu hombro!... ¿Por qué no quieres dejarme en él?

SANTIAGO

¡Oh, Irene!... ¡Es demasiado horrible lo que me pides!

IRENE

¿Por qué?... Quizá te amase...

SANTIAGO

Con el tiempo, ¿verdad?... No, pobrecita mía...

IRENE

Sin embargo, me lo propusiste una vez...

SANTIAGO

¡Ah! Porque, en aquel momento creí que sólo

era tu orgullo lo que nos separaba. ¡No sabía aún todo lo que mediaba entre nosotros!

IRENE

Pero, cuando me hayas curado...

SANTIAGO

¿Crees, pues, que yo podré curarte?

IRENE

Sí; si eres muy bueno y muy indulgente; si tienes un poco de paciencia...

SANTIAGO

¡Te amo demasiado para eso!

IRENE

¿Entonces... me rechazas?... ¿De verdad, Santiago?... ¿Qué va a ser de mí?

SANTIAGO

Piensa en lo que sería de mí. ¡Me has hecho ya tanto daño!

IRENE

Pero, se ha acabado; ya no te lo haré más. ¿Cómo podría hacerte daño después de haberme salvado?

SANTIAGO

¿Cómo puedes probarme eso?

IRENE

¡Santiago, mírame! ¡Mírame a los ojos! ¡Todo lo

que un hombre puede esperar de la mujer a quien ama, te lo daré!

SANTIAGO (*turbado*)

¡No me tientes, Irene! He soñado durante mucho tiempo en este instante. Ten cuidado.

IRENE

Pues bien; ha llegado ya... Tómame en tus brazos. Soy tuya, Santiago...

IRENE

¡No sabes a qué te obligas!

IRENE

Sí.

SANTIAGO

Aún estás a tiempo... Todavía puedes irte...

IRENE

No tengo miedo.

SANTIAGO

¿Lo quieres? ¿Estás segura de que lo quieres?

IRENE

Sí.

SANTIAGO (*atrayéndola hacia él*)

Irene... ¿Es verdad?... (*Se inclina hacia sus labios. Ante aquel semblante de hombre, trastornado por el deseo, Irene tiene un brusco movimiento de retroceso. El la suelta*) ¿Lo ves?

IRENE

Sí... Sí... ¡Perdón! (*Y es ella, esta vez, la que le tiende los labios. Luego, toda nerviosa, apoya la cabeza en el hombro de Santiago, lucha aun un instante y se deshace en lágrimas*).

SANTIAGO (*desesperado*)

¡Oh!...

IRENE

¡No! ¡No! No hagas caso... No es nada... ¡Se acabó!... ¿Me defenderás?

SANTIAGO

...Lo intentaré.

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. Santiago, solo, sentado en un sillón, con las manos detrás de la cabeza, fuma y medita. Jorge, el ayuda de cámara, aparece por el foro, trayendo una carta que presenta a Santiago. Este mira el sobre, y parece sorprendido.

SANTIAGO

¿Quién ha traído esta carta?

JORGE

Una doncella, señor. Espera la contestación. (*Retrocede y se detiene junto a la puerta. Santiago abre la carta y la lee. Después de algunos instantes de reflexión, se levanta, va a sentarse ante su mesa, toma un pliego de papel y comienza a escribir*).

SANTIAGO

¿Para qué hora ha pedido la señora el coche?

JORGE

Para las tres, señor. (*Santiago consulta la hora,*

acaba la carta, luego la introduce en un sobre y se la tiende a Jorge).

SANTIAGO

Ahí va. (*Jorge sale. Santiago vuelve a coger la carta que ha recibido y la recorre de nuevo con la vista; luego, se la acerca a la nariz, aspira su perfume, y sonríe. Irene aparece por la izquierda. Lleva puesto el sombrero, y se dispone a salir. Lleva en la mano un muestrario de telas para tapicería*).

IRENE

No me has dicho cuál de estas muestras prefieres. ¿Esta..., ésta... o ésta?...

SANTIAGO

Es para tu habitación. Elígela tú misma.

IRENE

Es que quiero que te guste a ti.

SANTIAGO

Me gustará, desde el momento en que tú la hayas elegido.

IRENE

Puedes decirme cuál prefieres.

SANTIAGO

¿No te doy mi aprobación por adelantado?

IRENE

¡Qué antipático eres!

SANTIAGO

¿Vas de compras?

IRENE

Sí; tengo que ir a casa del tapicero y a casa del pintor, y estoy citada a las tres y media en el taller de Apraxine para volver a ver ese cuadro que me gustó tanto el otro día. ¿No quieres venir conmigo?

SANTIAGO

No puedo.

IRENE

Sin embargo, es preciso que vayas a verlo.

SANTIAGO

¿Para qué?

IRENE

No voy a comprar un cuadro de ese precio sin que tú lo hayas visto.

SANTIAGO

No tienes necesidad de mi opinión. No entiendo nada de pintura. Si ese cuadro te gusta, cómpralo, y se acabó.

IRENE

¿No puedes venir, de verdad? Vendría a buscarte con el coche. No te entretendría más de veinte minutos.

SANTIAGO

No puedo; te lo repito. Espero una visita.

IRENE

¿A quién?

SANTIAGO

¡Ah!... A una persona.

IRENE

¿A qué hora?

SANTIAGO

A las tres y media.

IRENE

¿Y será larga esa visita?

SANTIAGO

No lo sé. (*Llaman al teléfono. Santiago coge el aparato*). Diga... ¿De parte de quién?... ¡Ah, bien! Siga al aparato. (*A Irene*). Apraxine quiere decirte una palabra.

IRENE (*al aparato*)

Diga... Buenos días, querido señor... No; no se me ha olvidado... Sí, sí; a las tres y media, como estaba convenido... ¡Entendido! ¿Cómo?... No; lo siente muchísimo, y le ruega que lo dispense; pero tiene una cita, y no podrá venir... Eso es, hasta ahora mismo. (*Cuelga de nuevo el aparato*). Me dice que sea puntual, porque tiene que salir. (*Pausa*). ¿Entonces?...

SANTIAGO

¿Entonces, qué?

IRENE

¿Puedo comprar ese lienzo, si me parece bien? ¿Me lo permites?

SANTIAGO

Ya lo creo.

IRENE

Eres muy amable; gracias. Creo que es una buena compra, ¿sabes? Apraxine vende sus cuadro más insignificantes a veinticinco mil francos, y éste me lo deja en quince mil, por ser para mí.

SANTIAGO

¡Vamos, más vale así!

IRENE

¡Con tal de que te guste!... Te prevengo que es muy moderno. Quizá te parezca horrible...

SANTIAGO

No. ¿A qué hora volverás?

IRENE

¡Oh, no muy tarde! Pasaré por la librería para encargar que manden unos libros a Gisèle, que me ha escrito diciéndome que no tiene ya nada que leer. Y nada más. Volveré a merendar aquí.

SANTIAGO

Si por casualidad la persona a quien espero estuviese aquí aún, cuando vuelvas, te suplico que no entres.

IRENE

Naturalmente; ni que decir tiene.

SANTIAGO

Prefiero que no os veáis.

IRENE

¡Ah! ¿Por qué?

SANTIAGO

Creo que no os sería agradable ni a la una ni a la otra.

IRENE

¡Ah! (*Pausa*). ¿No se puede saber quién es?

SANTIAGO

¿Te interesa?

IRENE

¡Hombre, después de lo que acabas de decirme!...

SANTIAGO

Es una mujer muy buena con la que me he conducido muy mal.

IRENE (*tratando de averiguarlo*)

Una mujer con la que... ¿La señora Meillant?

SANTIAGO

La misma.

IRENE

¡Oh!... ¡Qué gracioso!

SANTIAGO

¿Verdad?

IRENE

¿Y viene a verte?

SANTIAGO

La he citado. ¿Vendrá? No estoy seguro.

IRENE

¿Y para qué la has citado?

SANTIAGO

Mira. (*Le tiende la carta que ha recibido*).

IRENE (*después de haberla leído*)

¿Qué cartas son esas de que te habla?

SANTIAGO

Las cartas que me escribió cuando... ¡Vamos!, el año pasado.

IRENE

¿No se las habías devuelto?

SANTIAGO

No. Nos fuímos de París con tanta precipitación el año pasado, que no tuve tiempo de hacer nada; y luego, a nuestro regreso, ni me acordé siquiera.

IRENE (*sonriendo*)

¡Pobre mujer!

SANTIAGO

¿No te será desagradable que la reciba aquí?

IRENE

No. ¡Vamos! Ni mucho menos.

SANTIAGO

Así lo creía.

IRENE

¿Por qué había de serme desagradable?

SANTIAGO

No hay ninguna razón para ello, en efecto.

IRENE

Tengo confianza en ti.

SANTIAGO

¡Claro!

IRENE

Supongo que, cuando la haces venir aquí, es porque quieres entregarle sus cartas a ella misma, en su propia mano, y haces bien.

SANTIAGO

Naturalmente.

IRENE (*mirándole*)

¡Qué te pasa?

SANTIAGO

¡Nada!

IRENE

¡Parece que te molesta que tome así la cosa!

SANTIAGO

¿A mí? ¡Estoy encantado, por el contrario!

IRENE

¿Qué? ¿Quisieras que me sintiese celosa?

SANTIAGO

Te repito que estoy encantado.

IRENE

¡Vamos! No tengo ningún motivo para sentirme celosa.

SANTIAGO

¡Ah, eso no!... Ninguno.

IRENE

¿Entonces?

SANTIAGO

En tu caso, los celos serían verdaderamente un lujo.

IRENE

¿Qué quieres decir con eso?

SANTIAGO

Sencillamente, que si son la cosa más natural del mundo cuando se quiere, son completamente ridículos e incomprensibles cuando no se quiere. Nada más.

IRENE

¿Entonces, yo no te quiero?

SANTIAGO

Naturalmente que no me quieres.

IRENE (*encogiéndose de hombros*)

¡Es ridículo!

SANTIAGO

¿Qué es ridículo?

IRENE

Decir eso.

SANTIAGO

No. ¿Por qué?

IRENE

¿Qué es lo que, en definitiva, me reprochas?

SANTIAGO

¡Si yo no te reprocho nada! Absolutamente nada.

IRENE

¿Tienes queja de mí?

SANTIAGO

¡No! ¡Vete a hacer tus compras! ¡Vete, te lo ruego!

IRENE

No. Expliquémonos. Lo prefiero.

SANTIAGO

¿Para qué? ¡Es completamente inútil!

IRENE

Si te he causado alguna decepción, dílo.

SANTIAGO

Ninguna.

IRENE

¿No hago todo lo que puedo para que seas feliz?

SANTIAGO

Todo lo que puedes.

IRENE

¿Acaso tengo otra preocupación que tu felicidad, desde que soy tu mujer? ¿Acaso tiene otra finalidad mi vida? Antes de hacer algo, ¿no me pregunto siempre si quedarás satisfecho, si lo aprobarás?

SANTIAGO

Hasta para elegir la tapicería de tu habitación: es exacto.

IRENE

No te burles de mí, ¿sabes?

SANTIAGO

No me burlo de ti. Eres una esposa atenta, abnegada y fiel. ¿Qué más puedo pedir? Si no estoy satisfecho con esto, será porque soy muy difícil de contentar.

IRENE (*mirándole*)

No te comprendo, Santiago.

SANTIAGO

¡Ya lo sé! Por eso, esta explicación no sirve para nada.

IRENE (*después de una pausa*)

¿Entonces... no eres feliz?

SANTIAGO

En todo caso, no es culpa tuya; y no tengo que dirigirte ningún reproche, lo repito.

IRENE (*con desfallecimiento*)

¿Qué hay que hacer, entonces?

SANTIAGO

Nada. No hay que hacer nada.

IRENE

Sin embargo, tú llenas todos mis pensamientos. Eso lo sabes, ¿no?

SANTIAGO

¡Ah, no, caramba! ¡No sé absolutamente nada!

IRENE

¿No lo sabes?

SANTIAGO

¿Cómo quieres que conozca tus pensamientos? Están en ti, dentro de ti. A cada ser le pertenecen sus pensamientos, y los tuyos no los puedo ver.

IRENE

¡Pero yo no te oculto nada! Nada que pueda atormentarte, te lo juro.

SANTIAGO

Eso... (*Hace un ademán*).

IRENE

¿No me crees? Pues, bien; interrógame, entonces. Lo prefiero.

SANTIAGO

¡Oh, no, no!... ¡Eso no, sobre todo! ¡Dejemos en la sombra lo que ha sido hecho para la sombra!

IRENE

Sí; ya que estamos en esta situación, quiero que

me interrogues... Quizá veas cuán injusto eres, cuando lo sepas todo.

SANTIAGO

¡Ah! ¿Hay algo que saber?

IRENE

Algo que únicamente puede tranquilizarte.

SANTIAGO

Habla. Te escucho. (*Pausa*). ¿Has vuelto a verla?

IRENE

¿Estás loco?

SANTIAGO

¿Te ha telefoneado?

IRENE

No.

SANTIAGO

¿Te ha escrito?

IRENE

Sí.

SANTIAGO

¿Cuándo?

IRENE

Poco después de nuestro regreso. (*Pausa*). Dos veces.

SANTIAGO

¿Dónde están esas cartas?

IRENE

Las he devuelto sin abrirlas.

SANTIAGO

¿Sin abrirlas?

IRENE

Te lo juro.

SANTIAGO

¿Cómo las has devuelto?

IRENE

Con la persona que las había traído.

SANTIAGO

¿Y cómo no lo he sabido yo?

IRENE

No estabas aquí. Habías salido.

SANTIAGO

¿Las dos veces?

IRENE

Sí.

SANTIAGO

¡Probablemente, esperarían a que yo saliese para traerlas!

IRENE

Es posible. No lo sé.

SANTIAGO

¿Entonces no tienes idea de qué era lo que quería?

IRENE

¡Oh! Volver a verme, sin duda.

SANTIAGO

¿Qué te lo hace creer?

IRENE

Lo supongo.

SANTIAGO

¿Es eso todo?

IRENE

No.

SANTIAGO

¿Qué más?

IRENE

Algunos días después de la segunda carta, su doncella me habló en la calle.

SANTIAGO

¡Ah!... ¡Muy bien!

IRENE

No era... ella quien la enviaba.

SANTIAGO (*irónico*)

¿De verdad?

IRENE

No. Estaba muy enferma.

SANTIAGO (*como antes*)

¡Caramba!

IRENE

Hace mucho tiempo que está enferma. Acababa de tener una recaída. Había estado delirando toda la noche. Parece... que me llamó varias veces...

Entonces, en su tribulación, esa mujer, que le es muy adicta, creyó que hacía bien avisándome.

SANTIAGO

¿Y qué hiciste, entonces?

IRENE

Nada.

SANTIAGO

¿Nada?

IRENE (*mueve la cabeza; luego dice:*)

Sólo le rogué a la doncella que me trajese noticias suyas al día siguiente. Al día siguiente, las noticias eran mejores. Le dije que no volviera.

SANTIAGO (*después de una pausa*)

¿Y qué más?

IRENE

Nada más.

SANTIAGO

¿Lo juras?

IRENE

Sí.

SANTIAGO

¿Por qué no me lo has dicho antes?

IRENE

No quería inquietarte inútilmente. Como eres tan nervioso, tenía la seguridad de que te atormentarías, a pesar de todo lo que yo pudiera decirte.

Decidí esperar aún que pasasen algunos días para ponerte al corriente de todo.

SANTIAGO

¿Por qué algunos días?

IRENE

Va a ir a pasar algunos meses en Suiza, para cuidarse. Quería que se hubiese marchado.

SANTIAGO

¡Quién te ha dicho que se iba? ¿La doncella?

IRENE

Sí. (*Pausa*). ¿Te has tranquilizado un poco ahora?

SANTIAGO (*mirándola*)

No estaba intranquilo.

IRENE

¿Ves cómo puedes tener confianza en mí?

SANTIAGO

Siempre he tenido confianza en ti, Irene. Nunca he dudado de que, llegado el momento, obrarías como has obrado. Te habías comprometido, al casarte conmigo, a no volver a ver más a esa mujer. Estaba seguro de que no volverías a verla.

IRENE

¿Entonces, qué es lo que te preocupa? ¿Por qué no eres feliz?

SANTIAGO

¿Acaso eres feliz tú?

IRENE

¿Yo? (*Pausa*). Sí; soy feliz.

SANTIAGO

¡Vamos!

IRENE

Te lo aseguro, Santiago... ¿No tengo todo lo necesario para ser feliz? Somos ricos; nos llevamos bien; tú eres la bondad y la generosidad personificadas para mí. ¿Qué más podría desear?

SANTIAGO

¿Por qué tratas de hacerme creer que no te falta nada?

IRENE

¡Porque es verdad!

SANTIAGO

¡No; no es verdad!... No tienes aún treinta años, y yo no tengo treinta y cinco. A esta edad, la felicidad no reside en una existencia confortable, con collar de perlas y automóvil. Es demasiado pronto. Te falta amar, Irene, como me falta a mí ser amado.

IRENE

¿Qué quieres que te responda? Se te ha metido en la cabeza que no te quiero...

SANTIAGO

¡Ah! Si tú supieses cuánto he sufrido al meterme eso en la cabeza, las esperanzas imbéciles por que he pasado antes de llegar a ello! A todos los recursos del amor, desde la ternura y la amistad, hasta el más triste de todos, la docilidad, me he aferrado desesperadamente. Ante una palabra tuya, ante una actitud que yo interpretaba según mi deseo, recuperaba la confianza, comenzaba a creer de nuevo en la posibilidad de la dicha. Pero ahora, todas esas ilusiones se han desvanecido, ya no pueden servirme. Sé que nada significo para ti. Soy tan incapaz de hacerte feliz como de hacerte desgraciada... ¡Ah, si pudiese siquiera hacerte sufrir!...

IRENE

Lo puedes.

SANTIAGO

¿Cómo?

IRENE

Si continúas diciendo esas insensateces.

SANTIAGO

¡Oh, te lo ruego, Irene! Sabes tan bien como yo

que no son insensateces. ¿De qué sirve que te tapes los ojos? Mira, ¿sabes para qué he dado cita hoy a esa mujer, a esa mujer que ha sido mi querida, que me ha amado y a la que he hecho sufrir? ¿A ella, sabes?

IRENE

Sí, Santiago.

SANTIAGO

Pues bien; para ver el efecto que eso te producía; para ver si protestabas, si te mostrabas inquieta... Y te ha hecho reír. Ese es todo el resultado que he obtenido.

IRENE

¿Querías que llorase?

SANTIAGO

Quería ver hasta dónde llegaba tu indiferencia.

IRENE

¿Es culpa mía si creo que me amas y no temo que me engañes con otra?

SANTIAGO

Si me amases, lo temerías... Pero lo cierto es que te sería completamente igual.

IRENE

¡Eso no es cierto!

SANTIAGO

Sí.

IRENE

¡Me causaría mucha pena!

SANTIAGO

¿Mucha pena?

IRENE

¡Indudablemente!

SANTIAGO

Díme, ¿y en qué consistiría esa pena?

IRENE

¿Cómo quieres que te lo diga? ¡No lo sé!

SANTIAGO

Procura imaginarlo.

IRENE

Me sentiría muy decepcionada, muy entristecida... Creo que después de eso, no me agradaría ya hallarme en tus brazos, como antes...

SANTIAGO (*mirándola tristemente*)

¡Ah! ¿Cómo antes?...

IRENE

Sí.

SANTIAGO

¿Tanto te agrada estar en mis brazos? ¡Dí!

IRENE (*baja la cabeza*)

Sí...

SANTIAGO

¡Pobrecita mía!... ¿Crees que yo estoy ciego?

IRENE (*después de una pausa, con esfuerzo*)

¿Acaso... me he negado alguna vez?

SANTIAGO

Has sido muy valerosa.

IRENE

Creía hacerte feliz..., y era suficiente.

SANTIAGO

No se hace feliz a nadie a tan poca costa.

IRENE

Lo siento.

SANTIAGO

Créeme, ¡amar es otra cosa distinta de eso!

IRENE

Todo lo que podía darte te lo he dado... Si no te basta...

SANTIAGO

No.

IRENE

Entonces, búscalo en otra parte... sencillamente.

SANTIAGO

Lo desearías, ¿no es cierto? ¡Qué liberación, ese día!

IRENE

¡Oh; mira, Santiago, basta! (*Pausa*). Además... (*Consulta el reloj*). Es tarde, y tengo que irme. (*Se aleja.*)

SANTIAGO

Irene.

IRENE

¿Qué?

SANTIAGO

Ven.

IRENE

¿Qué quieres?

SANTIAGO

Perdóname. No he querido... ofenderte. Si lo he hecho, perdóname.

IRENE (*volviendo hacia él*)

¿Por qué eres tan injusto?

SANTIAGO

¿Qué quieres?... ¡No puedo resignarme!

IRENE

Pero ¿resignarte a qué? ¿A que no te quiera?

¡Pero si te quiero! ¡En ti está todo lo que admiro, todo lo que me agrada, todo lo que respeto en el mundo!

SANTIAGO (*melancólico*)

Sí; eso es verdad.

IRENE

Pues bien, ¿crees que muchas mujeres pueden decir otro tanto de sus maridos?

SANTIAGO (*como antes*)

No pedía tanto, tampoco.

IRENE

¿Acaso quiero a alguien más que a ti? ¿No, verdad? Entonces... Si te hubieran dicho, hace un año, que ocuparías el primer lugar, el único lugar en mi vida, ¿no hubieras sido feliz?

SANTIAGO

Evidentemente...

IRENE

¿Crees que no has hecho progresos en mi corazón desde la tarde en que vine a pedirte que me acogieses, que me guardases, aquí, sobre tu hombro?... ¿Te acuerdas de aquella tarde?

SANTIAGO

Sí.

IRENE (*sonriendo*)

Y tres semanas después, en Montcel, el discurso del alcalde y la capillita donde hacía tanto frío... ¿Te acuerdas también?

SANTIAGO

Sí.

IRENE

¿Lamentas lo que pasó aquel día?

SANTIAGO

¿Y tú?

IRENE

¡No!

SANTIAGO

Ya es algo.

IRENE

Entonces... ¡abrázame!

SANTIAGO

¿Quieres?

IRENE

Sí, quiero. (*Santiago la toma en sus brazos y la tiene un instante inmóvil, contemplándola. En este momento, ella divisa encima de la mesa un relojito y se inclina para ver la hora que es*). ¿Cómo? ¿Es esa hora? ¿Va bien el reloj?

SANTIAGO

Sí.

IRENE

¡Las tres y treinta y cinco, ya! ¡Pero, mi reloj se retrasa, entonces! ¡Oh, qué fastidio! ¡Ni siquiera voy a tener tiempo de pasar por casa del tapicero!... (*El la suelta.*) ¡Pronto, hombre!

SANTIAGO

¿Qué?

IRENE

¿No me besas?

SANTIAGO

No; se te hace tarde.

IRENE

Eso no importa.

SANTIAGO

No; vete.

IRENE

¡Qué tonto eres! Es porque he dicho...

SANTIAGO

Vete... Vete... (*Le vuelve la espalda y se aleja*).

IRENE

¡Qué susceptible eres, Dios mío!

SANTIAGO

¡Vete, anda!

IRENE (*suspira; luego dice:*)

Hasta ahora, entonces.

SANTIAGO

Hasta ahora. (*Irene se aleja. En el momento de salir, se vuelve*).

IRENE

Supongo que no irás a hacer el amor a esa mujer.

SANTIAGO

Gracias por haber pensado en ello.

IRENE

Me lo prometes, ¿eh?

SANTIAGO

Sí, sí. (*Irene sale. Santiago se sienta, con la amargura reflejada en el semblante. Al cabo de algunos momentos, ve la carta de Francisca, que ha quedado encima de la mesa, la coge, se la mete en el bolsillo, se levanta, va a abrir un «secrétaire» y extrae un sobre bastante repleto que traslada a la mesa, donde vacía su contenido: unas cartas. Lee una al azar. En este momento, se oye un timbre. Vuelve a introducir las cartas en el sobre, que guarda en un cajón. Aparece Jorge.*)

JORGE

La señora Meillant.

SANTIAGO

Que pase. (*Un instante después, Jorge introduce a Francisca y desaparece*). Buenas tardes, Francisca. Es usted muy amable en haber venido. (*Le besa la mano*).

FRANCISCA

¡Oh! He venido a recoger mis cartas, ¿sabe? No vaya a figurarse otra cosa.

SANTIAGO

No me figuro absolutamente nada. Tengo derecho a darle las gracias por haber venido, ¿no?

FRANCISCA

¿Por qué no le dió usted las cartas a mi doncella, como le secribí? Hubiera sido mucho más sencillo.

SANTIAGO

He preferido entregárselas en propia mano. Me ha parecido lo más seguro. Además, ¿por qué no confesarlo?, tenía deseos de volver a verla.

FRANCISCA

¿De veras? ¿Y no pensó usted si yo los tendría de volver a verle?

SANTIAGO

Supuse que, si le era demasiado desagradable, no vendría.

FRANCISCA

Quiero mis cartas, como acabo de decirle. No parece usted haberse enterado de que hace un año las estoy esperando.

SANTIAGO

Estaban aquí, y yo me hallaba dando la vuelta al mundo. ¡Como no hubiera vuelto expresamente del Japón para buscarlas!...

FRANCISCA

Podía usted habérmelas enviado antes de marcharse.

SANTIAGO

No tuve tiempo.

FRANCISCA

La verdad es que se marchó usted de una manera un poco precipitada...

SANTIAGO

Muy precipitada, en efecto. Pero, en fin: ¿no estaba usted inquieta por sus cartas? Pues estaban bien seguras, ¿sabe?

FRANCISCA

¡Ah! ¿Usted cree? ¿Y si su mujer hubiera tenido la ocurrencia de registrar sus cajones?

SANTIAGO

¡Oh! Eso es completamente inverosímil.

FRANCISCA

Eso se cree siempre; pero, sin embargo, son cosas que suceden.

SANTIAGO

En esta casa, no.

FRANCISCA

¿No es celosa su mujer?

SANTIAGO

En absoluto.

FRANCISCA

¡Qué suerte tiene usted!... Supongo que no estará aquí.

SANTIAGO

No; acaba de salir.

FRANCISCA

Más vale así. (*Acercándose a la mesa*). ¿Es de ella esta foto?

SANTIAGO

De ella.

FRANCISCA

Mi enhorabuena.

SANTIAGO

Gracias.

FRANCISCA

¿Por qué no me dijo usted la verdad la última vez que estuve aquí?

SANTIAGO

¿La verdad?

FRANCISCA

Sí: que se iba usted a casar. Lo hubiera preferido, ¿sabe? Era más correcto. Y, además, al menos, era una razón.

SANTIAGO

No se lo dije, porque no lo sabía.

FRANCISCA

¿No lo sabía usted?

SANTIAGO

No.

FRANCISCA

¡Y al cabo de tres semanas los periódicos anunciaban que se había usted casado!

SANTIAGO

Sí.

FRANCISCA

¡No perdió usted el tiempo, verdaderamente!...

SANTIAGO

Una vez que esas cosas se deciden ..

FRANCISCA

Se trata de una amiga de la infancia, ¿no?

SANTIAGO

Prima, inclusive.

FRANCISCA

¿Hermana?

SANTIAGO

No.

FRANCISCA

¡Mejor!... ¿Y, naturalmente, se amaban ustetedes desde sus más tiernos años?

SANTIAGO

¡Oh!

FRANCISCA

¡Ah, ahora puede usted decírmelo! Además, no sé por qué se lo pregunto, pues me es absolutamente indiferente.

SANTIAGO

Entonces...

FRANCISCA

¿Quiere darme mis cartas?

SANTIAGO

¿Tanta prisa tiene usted por recuperarlas?

FRANCISCA

Sí.

SANTIAGO

¿Por qué?

FRANCISCA

Porque...

SANTIAGO

¡Yo no le reclamo a usted las mías!

FRANCISCA

¡Oh, hace mucho tiempo que las quemé!

SANTIAGO

¿De verdad?

FRANCISCA

¡Para lo que decían!...

SANTIAGO

De todos modos, no está bien lo que ha hecho usted.

FRANCISCA

¿Para qué iba a conservarlas?

SANTIAGO

Para releerlas de vez en cuando.

FRANCISCA

No dispongo de tiempo.

SANTIAGO

¡Ah!

FRANCISCA

Además, ¿olvida usted que tengo marido, y un marido celoso?

SANTIAGO

¡Vamos!

FRANCISCA

Sí, señor.

SANTIAGO

¿Cómo le va?

FRANCISCA

Bien. Está de caza, en Sologne.

SANTIAGO

¡Hombre venturoso!

FRANCISCA

¡Oh, no bromee! Le quiero con toda mi alma, y no quisiera por nada en el mundo causarle el menor disgusto.

SANTIAGO

¡Pero, si no lo dudo!

FRANCISCA

Santiago..., mis cartas.

SANTIAGO

¡No tenga prisa! ¡Espere un poco! ¡Tenemos una porción de cosas que decirnos antes!

FRANCISCA

No tenemos absolutamente nada que decirnos. Además, su mujer puede volver de un momento a otro, y yo no tengo más interés en verla, que ella tendrá sin duda en encontrarme.

SANTIAGO

Siéntese. No volverá antes de una hora, lo más pronto. Y en esta habitación ni siquiera entrará.

FRANCISCA

¿Cómo lo sabe usted?

SANTIAGO

Le he dicho que la esperaba a usted.

FRANCISCA

¿Se lo ha dicho?

SANTIAGO

Sí.

FRANCISCA

¿Y ella está conforme?

SANTIAGO

Sí.

FRANCISCA

¡Bribón!... ¡Bien la ha amaestrado usted!

SANTIAGO

Siéntese, pues, y cuénteme...

FRANCISCA

¿Qué quiere usted que le cuente?

SANTIAGO

Todo lo que le ha ocurrido... desde hace un año

FRANCISCA

No tengo nada que contarle.

SANTIAGO

¡Vamos!

FRANCISCA

¿Qué quiere usted saber?

SANTIAGO

Quién es su amante.

FRANCISCA

Mi querido Santiago, es usted muy atrevido...

SANTIAGO

¿Qué le importa? Le prometo que no se lo diré a nadie... ¿Acaso... Moreuil?

FRANCISCA

Santiago, me fastidia usted.

SANTIAGO

En serio... ¿Moreuil?... ¡Oh, qué mal gusto!... (*La mira. Ella no se mueve.*) No. No ha protestado usted. No es Moreuil. Entonces, ¿quién?

FRANCISCA

¡Dios, cómo me impacienta usted! (*Ríe.*)

SANTIAGO

¡Ah! Se ríe usted... ¡Qué amable!

FRANCISCA

Me río porque me excita usted. Pero le aseguro que no tengo gana de reír.

SANTIAGO

Hay que reír. Le va a usted muy bien. Está usted encantadora cuando se ríe.

FRANCISCA

No ambiciono estar encantadora.

SANTIAGO

¡Qué embuste!

FRANCISCA

¿Cree usted que tengo interés en agradarle ahora?

SANTIAGO

¡Oh! No digo que le interese especialmente; pero de todos modos, siempre le ha gustado a usted que

la encuentre bonita. Pues sí; la encuentro bonita, muy bonita, más bonita de como la recordaba. ¿Estaba usted antes tan bonita como ahora?

FRANCISCA

Santiago, le ruego que me dé mis cartas y me deje irme.

SANTIAGO

Se las daré si me dice usted a quién quiere.

FRANCISCA

¡Pues no quiero a nadie!

SANTIAGO

¿A nadie?

FRANCISCA

Quiero a mi marido.

SANTIAGO

¿No quiere usted a nadie, Francisca?

FRANCISCA

¡No!

SANTIAGO

¿De verdad?

FRANCISCA

¡Oh!... Se lo diría... ¿Por qué no?

SANTIAGO (*pensativo, mirándola*)

¡Francisca!

FRANCISCA

¿Qué?

SANTIAGO

Puesto que no quiere usted a nadie, ¿no querría... tratar de quererme un poco a mí?

FRANCISCA

¿A usted? ¡Ah, no!

SANTIAGO

¿Por qué?

FRANCISCA

¡Muchas gracias!

SANTIAGO

¿Tan mal recuerdo conserva usted de mí?

FRANCISCA

¡Oh, sí!

SANTIAGO

¿Hasta ese punto?

FRANCISCA

Hasta ese punto, sí.

SANTIAGO

Sin embargo, me parece que no nos despedimos de mala manera. Después de todo, usted fué quien tomó la iniciativa de la separación...

FRANCISCA

Creo que ya era tiempo.

SANTIAGO

Recuerdo que hasta me dijo usted cosas deliciosas al marcharse.

FRANCISCA

¡Una tiene su coquetería, querido! ¿No creería que iba a sollozar delante de usted? Pude reprimirme hasta que encontré un taxi. En cambio, allí...

SANTIAGO (*conmovido*)

¿De verdad?

FRANCISCA

¡Oh! ¡Y otros muchos días después de aquel!

SANTIAGO

No.

FRANCISCA

¡Sí! Reconozco que era completamente ridículo; pero ¿qué quiere usted?, una es como es.

SANTIAGO (*sonriendo, emocionado*)

¡Qué buena es usted!

FRANCISCA

Lo encuentra usted gracioso, ¿verdad?

SANTIAGO

No; lo encuentro adorable.

FRANCISCA

Sí. Pues bien; yo, no.

SANTIAGO

Francisca... Querida Francisca... Usted, que sabe querer... quiérame otra vez; se lo ruego.

FRANCISCA

¡Ah, no!... ¡Aquello se acabó! ¡Afortunadamente!

SANTIAGO (*después de una pausa*)

Es lástima...

FRANCISCA

¿Usted crée?

SANTIAGO

Sí; es lástima... Si usted hubiera querido quererme... sólo un poquito..., yo habría podido amarla a usted mucho.

FRANCISCA

¿Usted?

SANTIAGO

Sí.

FRANCISCA

¿Usted amar? Pero, amigo Santiago, si no sabe usted siquiera lo que es eso.

SANTIAGO

¿Le parece a usted?

FRANCISCA

Estoy segura de ello. Para usted el amor es un juego bastante divertido. Y eso, no siempre. Apenas existe más que un momento que le divierta..., ¿no es verdad?

SANTIAGO

Como si ese momento no contuviese a todos los demás...

FRANCISCA

Tiene su importancia, pero se paga demasiado caro con usted... No es suya la culpa; ha nacido usted inconstante.

SANTIAGO

He nacido fiel, Francisca.

FRANCISCA

¿Fiel a quién?

SANTIAGO (*después de una pausa*)

A usted, si usted quiere.

FRANCISCA

¿Y qué hace usted de su mujer? ¿No le basta ya?

SANTIAGO

¿Quiere usted que no hablemos de ella?

FRANCISCA

¡Pobrecita! Cómo la compadezco!

SANTIAGO

No hay por qué compadecerla.

FRANCISCA

¡Un año!; ¡ni aun eso!: ¡once meses! ¡Hace once meses que se casó usted y ya anda usted persiguiendo una aventura! ...¡Oh! Por supuesto, estaba segura de que esto acabaría así.

SANTIAGO

¿De veras?

FRANCISCA

Al leer su carta, hace poco, no he vacilado un instante. En la manera que me decía usted que viniese, en seguida comprendí lo que quería.

SANTIAGO

¿Y a pesar de todo ha venido?

FRANCISCA

A recoger mis cartas.

SANTIAGO

Es verdad; perdón.

FRANCISCA

Pero no he dejado de adivinar que le interesaba a usted menos devolvérmelas, que ver si por ca-

sualidad le quería todavía. ¡Le conozco a usted, Santiago!

SANTIAGO

No muy bien.

FRANCISCA

¡Vaya! ¡Era tan natural! Después de ese largo viaje que tanto le ha distraido, ha vuelto usted a París, y aquí, ¡qué diantre!, ha comenzado a aburrirse. La vida conyugal, para un hombre como usted, es terriblemente monótona, ¿no? Entonces, ha lanzado usted una mirada a su alrededor, para ver con quién podría distraerse. Pero hacía demasiado poco tiempo que había vuelto, y no ha encontrado a nadie a mano. Entonces, llega mi carta, en el momento oportuno para que se acordara usted de mí. Y ha pensado: «¡Diablo! ¡Esa pobre Francisca!... Y en verdad, ¿por qué no?... Debe de consumirse de amor por mí, la infeliz... Pues bien; comencemos de nuevo por ella.» Pues ha errado usted el camino, querido Santiago; ¡esta pobre Francisca no le quiere a usted ya!

SANTIAGO (*después de una pausa*)

Entonces... ¡Tanto peor!

FRANCISCA

Le asombra a usted, ¿verdad?

SANTIAGO

¿El qué?

FRANCISCA

Que sea posible no quererle.

SANTIAGO (*tristemente*)

No, Francisca; no me asombra... Le aseguro que no me asombra, en absoluto. Es lo regular...

FRANCISCA (*después de una pausa*)

¿Por qué?

SANTIAGO

Por nada. Voy a darle sus cartas. Aquí están todas. (*Se dirige a la mesa, saca el sobre que contiene las cartas y se lo entrega a Francisca*). Mire si falta alguna.

FRANCISCA (*mirándole*)

¿Qué le pasa a usted?

SANTIAGO

Nada.

FRANCISCA

¿Por qué se ha entristecido, de pronto?

SANTIAGO

¿Me he entristecido?

FRANCISCA

¿No seré yo quien le ha apesadumbrado?

FRANCISCA

No, Francisca.

FRANCISCA

Entonces, ¿qué es lo que le pasa?

SANTIAGO

¡No me pasa nada! ¡Absolutamente nada! Me he entristecido, porque ... porque vamos a seperarnos y no volveremos a vernos.

FRANCISCA

¿Y a usted qué más le da?

SANTIAGO

La echaré a usted de menos, Francisca...

FRANCISCA

¿Me ha echado usted mucho de menos, desde hace un año?

SANTIAGO

Quizá...

FRANCISCA

¡Qué gracia! ¡Me lo hubiera usted dicho!

SANTIAGO

¿Cómo?

FRANCISCA

Podía usted haberme escrito... Yo no se lo había prohibido.

SANTIAGO

...Es verdad.

FRANCISCA

Ni una palabra... Ni siquiera una tarjeta postal... ¡Nada!... ¡Y todavía quería usted que yo le quisiera!... ¡Sería verdaderamente demasiado estúpida, confiéselo!

SANTIAGO

Nunca se es estúpido por amar...

FRANCISCA

¡Por amarle a usted, sí!

SANTIAGO

¡Tiene gracia!

FRANCISCA

¿Qué es lo que tiene gracia?

SANTIAGO

Lo mal que me conoce usted, mi pobre Francisca. Me ve usted completamente al revés de como soy.

FRANCISCA

¡Ah!

SANTIAGO

Se lo aseguro.

FRANCISCA

¿De quién es la culpa, entonces?

SANTIAGO

¡Oh! Mía; lo reconozco.

FRANCISCA

Si usted es capaz de amar, ¿cómo no me lo ha demostrado nunca? ¿Por qué ha parecido siempre desdeñar el amor que yo sentía hacia usted?... ¡Quizá llegue un día en que eche usted de menos aquel tiempo, Santiago!

SANTIAGO

Tranquilícese; lo echo de menos ya.

FRANCISCA

No; todavía no. Es usted demasiado joven. Pero...

SANTIAGO

¡No puede usted imaginar cuánto lô echo de menos, Francisca!...

FRANCISCA

¿Es de verdad?

SANTIAGO

Sí.

FRANCISCA (*después de una pausa, mirándole*)

¡Es usted, realmente, el hombre más incomprensible que conozco! Con usted, las cosas llegan cuando ya no se las espera... y cuando es demasiado tarde.

SANTIAGO

¿Está usted segura?

FRANCISCA

¿De qué?

SANTIAGO

De que es demasiado tarde.

FRANCISCA

Sí.

SANTIAGO

Francisca... (*Le coge una mano*).

FRANCISCA

Déjeme.

SANTIAGO

¿Está usted segura de que no hay en el fondo de usted..., en lo más recóndito..., un leve resplandor... que podría reanimarse..., poniendo mucho cuidado, adoptando muchas precauciones?... Diga.

15

FRANCISCA

¡No! ¡No quiero! (*Se levanta.*)

SANTIAGO

¡Tanto peor!

FRANCISCA

¿Dónde están mis cartas?

SANTIAGO

En el suelo. (*Las recoge.*)

FRANCISCA

Démelas.

SANTIAGO

¿Quiere usted ser buena conmigo, por última vez?

FRANCISCA

¿Cómo?

SANTIAGO

Puesto que esto ha acabado; puesto que vamos a despedirnos y no nos volveremos a ver más..., déjeme que la bese.

FRANCISCA

¡Está usted loco!

SANTIAGO

Se lo suplico. Quisiera, por una vez, por una sola vez, volver a ver sus ojos.

FRANCISCA

¿Mis ojos?

SANTIAGO

Sí. ¡Oh! No sus ojos de ahora; no sus ojos... para todo el mundo, sino sus ojos de otro tiempo, unos ojos que yo conozco...

FRANCISCA

Mis ojos no piden gracia...

SANTIAGO (*acercándose a ella*)

¡Sí! ¡Esos! ¡Quiero volver a verlos, nada más que volver a verlos!

FRANCISCA

No.

SANTIAGO

Después, se irá usted. No la retendré, ¡se lo juro! Concédame esa alegría. (*Quiere tomarla en sus brazos*).

FRANCISCA (*defendiéndose*)

¡No, no quiero!

SANTIAGO

¡Se lo suplico!

FRANCISCA (*suplicante*)

¡Déjeme!

SANTIAGO

¡Francisca!...

FRANCISCA (*como antes*)

¡Déjeme! ¡Se lo ruego!... ¡No quiero!... (*Más débilmente*). ¡No quiero!... ¡No qu...! (*Sus labios se juntan. Ella se abandona. El beso, muy largo, la deja aniquilada, con la cabeza echada hacia atrás sobre el hombro de Santiago y con los ojos cerrados*).

SANTIAGO (*inclinado hacia ella, contemplándola y a media voz*)

¡Qué cosa más hermosa!

FRANCISCA (*débilmente, sin moverse*)

¿Cuál?

SANTIAGO

...¡Una mujer!

FRANCISCA (*desasiéndose*)

Está usted satisfecho, ¿verdad? ¿Ha logrado usted lo que quería? Yo estaba casi tranquila, casi le había olvidado... ¡Ha sido preciso que venga aquí para proporcionarle el placer de atormentarme de nuevo!... ¡Ah! ¡Dios mío, no sé lo que me haría!... ¡Y sabía lo que me esperaba! ¡Lo sabía!..

SANTIAGO (*sonriendo, yendo hacia ella*)

Mi Francisca querida...

FRANCISCA

¡Ah, no, no; no se vuelva usted a acercar, Santiago, se lo suplico!... ¡Ha querido usted ver si conservaba su poder! Pues bien; una vez que lo ha visto, me parece que eso debe bastarle.

SANTIAGO

¿Cree usted, verdaderamente, que eso me basta?

FRANCISCA

No querrá usted comenzar otra vez a hacerme daño.

SANTIAGO

No, Francisca.

FRANCISCA

Entonces, deme mis cartas, para que pueda irme.

SANTIAGO

No.

FRANCISCA

¿No quiere usted dármelas?

SANTIAGO

Iré a llevárselas a su casa.

FRANCISCA

¡No!

SANTIAGO

Ahora mismo.

FRANCISCA

¡No quiero!

SANTIAGO

A eso de las cinco, ¿estará usted en su casa?

FRANCISCA

No; no estaré.

SANTIAGO (*tiernamente*)

¡Sí!

FRANCISCA

¡En mi casa! ¡Está usted loco!

SANTIAGO

Me ha dicho usted que estaba sola en París.

FRANCISCA

¡Pero no quiero que venga usted!

SANTIAGO (*la coge de los brazos y la obliga a que le mire*)

¿No quiere?

FRANCISCA (*con menos seguridad*)

No...

SANTIAGO

¿De veras? ¿No quiere?

FRANCISCA (*en tono suplicante*)

¡No!

SANTIAGO

¡Francisca!...

FRANCISCA (*después de una pausa, bajando la cabeza*)

¡Oh!... Va a comenzar de nuevo...

SANTIAGO

¿Qué va a comenzar de nuevo?

FRANCISCA

¡Todo, como antes!

SANTIAGO

No; como antes, no.

FRANCISCA

¡Oh!

SANTIAGO

Lo verá usted.

FRANCISCA

¡Será completamente igual!

SANTIAGO

No.

FRANCISCA

¿Por qué? ¿Qué ha cambiado?

SANTIAGO

Yo.

FRANCISCA

¿Usted cree que se cambia?

SANTIAGO

Se aprenden cosas nuevas... Se instruye uno.

FRANCISCA (*sonriendo*)

¿Viajando?

SANTIAGO

Viajando, sí.

FRANCISCA

¿Qué es lo que se aprende?

SANTIAGO

Se aprende a amar a la gente de nuestro país; figúrese, la gente que comprende lo que decimos. Resulta fatigoso hablar cuando no somos comprendidos. ¡Acaba uno por cansarse!

FRANCISCA (*sorprendida, mirándole*)

¡Pobre Santiago!

SANTIAGO

No me compadezca: he encontrado una compatriota.

FRANCISCA (*sonriendo*)

¿Soy yo la compatriota?

SANTIAGO

¿No le parece?

FRANCISCA (*oprimiéndole amorosamente*)

Sí.

SANTIAGO (*estrechándola en sus brazos*)

Nos comprendemos los dos, ¿eh, compatriota mía?

FRANCISCA

...Sí. (*Se contemplan un instante, sin decir nada.*) ¡Oh, Santiago..., esto es terrible! Si te quería ya tanto cuando eras tan áspero, ¿qué será ahora si empiezas a ser amable?

SANTIAGO

Me querrás un poco más; y se acabó.

FRANCISCA

¡Pero tengo tanto miedo de ser torpe y de no saber retenerte!...

SANTIAGO

Sí, Francisca; esta vez, me retendrás.

FRANCISCA (*contra él*)

¡Querido mío!... Soy feliz...

SANTIAGO

¿De verdad?

FRANCISCA

¡Sí!

SANTIAGO

¡Ves cómo no eres torpe! ¡Lo que acabas de decir lo prueba!... (*Se oye el ruido de una puerta que se cierra. Santiago levanta la cabeza, sorprendido.*) ¡Calla! (*Se separan.*)

FRANCISCA

¿Qué es eso?

SANTIAGO

Mi mujer que vuelve, sin duda.

FRANCISCA (*nerviosamente*)

¡Ah! ¡Lo estaba temiendo!

SANTIAGO

Está tranquila; no entrará. (*Escuchan algunos instantes, en silencio.*) ¿Lo ves?... ¿Te has tranquilizado?... Puedes salir: no encontrarás a nadie.

FRANCISCA

Pero... ¿vas a venir?

SANTIAGO

¡Claro que voy a ir!

FRANCISCA

¿Ahora?

SANTIAGO (*llevándose a los labios la mano que ella le tiende*)

En seguida. (*Le abre la puerta, sale ella y él la acompaña; al cabo de algunos instantes reaparece, seguido de Jorge, el criado.*)

JORGE

La señora me ha dicho que la avisara en cuanto el señor estuviese solo.

SANTIAGO (*contrariado*)

¡Ah!... Pues bien; avísela... Y luego, me traerá usted el sombrero y el abrigo.

JORGE

Bien, señor. (*Sale. Un momento después, aparece Irene por la izquierda.*)

SANTIAGO

¿Estás ya de regreso?

IRENE

Sí.

SANTIAGO

No has tardado mucho. ¿Y ese cuadro?

IRENE

¿Qué cuadro?

SANTIAGO

El cuadro de Apraxine que querías comprar

IRENE

¡Ah, sí!

SANTIAGO

¿No lo has comprado?

IRENE

oírme? (*En este momento, aparece Jorge por el*
oirme? (*En este momento, aparece Jorge por el foro con el sombrero y el gabán de Santiago.*) ¡Ah! ¿Vas a salir?

SANTIAGO

Sí; pero dispongo de cinco minutos. (*Al criado.*) Deje ahí eso. (*El criado deja las prendas encima de una silla y sale.*) Tú dirás.

IRENE

Esperaré a que vuelvas.

SANTIAGO

No.

IRENE

Te retrasarías. (*El la mira, y se queda asombrado de su aspecto extraviado.*)

SANTIAGO

¿Qué te pasa?

IRENE

Nada. Te lo diré cuando vuelvas.

SANTIAGO

¡No! ¡Dímelo ahora mismo!

IRENE

No corre tanta prisa.

SANTIAGO

Vamos: ¿qué te pasa?

IRENE

Santiago, quisiera marcharme..., dejar París.

SANTIAGO

¡Dejar París!

IRENE

Sí.

SANTIAGO

¿Y por qué?

IRENE

Te lo suplico.

SANTIAGO

¿Qué significa eso? ¿Para ir a dónde?

IRENE

Podríamos irnos a vivir a Montcel, durante algún tiempo, si quieres. Papá no desea otra cosa. Me lo ha propuesto varias veces. No habría más que telegrafiar al administrador. Saldría a esperarnos con el auto, a Limoges.

SANTIAGO

Pero ¿por qué quieres abandonar París? ¡No hace un mes siquiera que hemos vuelto!

IRENE

Ya lo sé.

SANTIAGO

¿A qué obedece ese capricho?

IRENE

No es un capricho.

SANTIAGO

¡Entonces, explícate!

IRENE

Esperaba que... comprenderías.

SANTIAGO

¿Qué comprendería?

IRENE

Sí.

SANTIAGO

Pues, no; no comprendo.

IRENE

Es preciso que me marche de París.

SANTIAGO (*violentamente*)

Pero ¿por qué?

IRENE (*toda temblorosa y bajando la cabeza*)

He vuelto a verla.

SANTIAGO

¡Ah!... (*Pausa.*) ¿Dónde la has visto?

IRENE

En casa de Apraxine... Sabía que iba a ir allí. Me esperaba.

SANTIAGO

¿Cómo lo ha sabido?

IRENE

¡Oh! Lo sabe todo.

SANTIAGO

¿Conoce, pues, a Apraxine?

IRENE

Lo conoció hace tiempo en Viena.

SANTIAGO

¿Tú lo sabías?

IRENE

Naturalmente que no.

SANTIAGO

¿Entonces... habéis hablado?

IRENE

Me ha hablado ella a mí.

SANTIAGO

¿Delante de Apraxine?

IRENE

No.

SANTIAGO

¿Qué te ha dicho?

IRENE

¡Oh!... Ya no lo sé.

SANTIAGO

No quieres decírmelo...

IRENE

No me acuerdo ya; te lo aseguro... Apenas la he escuchado.

SANTIAGO

Sin duda, te habrá pedido que la visites.

IRENE

Sí.

SANTIAGO

¿Qué le has contestado?

IRENE

Que no quería.

SANTIAGO

¿Y ella entonces?...

IRENE

Me ha dicho... que esperaría.

SANTIAGO

¿Hasta cuándo?

IRENE

Hasta que yo fuese.

SANTIAGO

¿Ya no se va, por tanto, a Suiza? (*Irene mueve la cabeza.*) Estará curada, probablemente.

IRENE

Dice que le da lo mismo morirse.

SANTIAGO

No se morirá; no tengas cuidado. Esa es la clásica amenaza.

IRENE

Ella no miente nunca.

SANTIAGO

¿Su marido no puede llevarla?

IRENE

Ya no viven juntos. Ella lo ha abandonado.

SANTIAGO

¡Ah!

IRENE (*después de una pausa*)

Santiago..., ¿es cierto que él vino a verte, hace un año?

SANTIAGO

Sí. ¿Cómo lo ha sabido?

IRENE

No me lo ha dicho. (*Pausa*). Le abandonó inmediatamente después de aquello.)

SANTIAGO

Tanto mejor para él. ¿Y no tiene a nadie que pueda llevarla?

IRENE (*moviendo la cabeza*)

A nadie. (*Conteniendo su emoción.*) Esta sola..., completamente sola...

SANTIAGO (*después de haberla contemplado un momento en silencio*)

¡Ah! ¡Es muy fuerte, hay que reconocerlo! (*Irene se encoge de hombros.*) ¿No ha de ser fuer-

te, para haber conseguido trastornarte hasta ese punto, desde el primer momento?

IRENE

¿Acaso sabes si ella no está más trastornada que yo?

SANTIAGO

Naturalmente, ello formaba parte del espectáculo. Lo que me extraña es que, viéndote en ese estado, te haya dejado escapar, esta vez; que no haya tratado de retenerte...

IRENE

¿Crees que no lo ha intentado?

SANTIAGO

¿Entonces?...

IRENE

Para poder marcharme, he tenido que prometerle que iré a verla en seguida.

SANTIAGO

¡Ah, bravo! Y... piensas ir, ¿dí?

IRENE

Demasiado sabes que no.

SANTIAGO

¿Tendrás ese valor?

IRENE

Sí.

SANTIAGO

Será duro para ti, ¿verdad?

IRENE

Sí.

SANTIAGO

¿Cuánto tiempo... podrás resistir?

IRENE

No lo sé. Por eso te suplico que nos vayamos.

SANTIAGO

Sí. Pues bien; vete. ¿Quién te lo impide? No me necesitas para ello.

IRENE

¿No quieres venir conmigo?

SANTIAGO

¡No!

IRENE

¿Por qué?

SANTIAGO

¿Quieres saberlo? ¡Mírate! ¡Mira tu rostro! Esa expresión anhelante, esos ojos extraviados, esas manos que tiemblan, ¡porque has vuelto a verla... ¡He ahí por qué!... ¡Hace un año que vivo al lado de una estatua, y ha bastado que esa mujer reaparezca para que la estatua se anime, para que se convierta en un sér viviente, capaz de sufrir y de estremecerse!... Pues bien; renuncio al

combate... ¿Comprendes, Irene? Renuncio. Te he amado más que a nada en el mundo, lo sabes, te lo he demostrado. Mientras he podido esperar que llegarías a quererme algún día como yo mismo te quería, como se quieren un hombre y una mujer, con el corazón y con los sentidos; he aceptado permanecer de guardia junto a ti. Pero basta ya. Renuncio a esa tarea ingrata e inútil. Guárdate tú sola, si puedes. A mí no me interesa ya. Se acabó. Estoy cansado de correr tras un fantasma. Aiguines lo sabía cuando me decía: «Déjala. Apártate de su camino. No es para ti. No son para nosotros.» ¡Tenía razón!... ¡Afortunadamente, hay mujeres que son para nosotros!

IRENE

La señora Meillant, por ejemplo...

SANTIAGO

Sí.

IRENE

¡He aquí mi recompensa por haber luchado tanto!

SANTIAGO

Yo no te lo he pedido. Tú has sido la que ha venido a buscarme.

IRENE

¡Debiste rechazarme entonces!

SANTIAGO

¡Debiste no haberme dicho que podías amarme!

IRENE

¿Acaso yo lo sabía?... ¡He hecho todo lo que he podido por amarte!... ¡Hablas siempre de lo que tú has hecho! ¿Y yo?... ¿Acaso no has visto mis rebeliones? ¿Te has preocupado siquiera de ellas?... Me amabas, sí; pero a tu manera.

SANTIAGO

Lo siento, pero no conozco otra. ¿Era un amor platónico lo que esperabas de mí?

IRENE

Esperaba un poco más de ternura, y no solamente, eternamente... deseo.

SANTIAGO

Aborrecías con toda tu alma mi deseo, ¿eh?... ¡Vamos, dilo, sé franca, al menos... (*Irene baja la cabeza, sin responder.*) Pero, ¡bah! No lo digas; no vale la pena. ¡Hace mucho tiempo que lo sé!

IRENE (*sin mirarle*)

¡Ah!

SANTIAGO

Nadie lo hubiera creído, ¿verdad? ¿Es eso lo que quieres decir? Pues bien; sé feliz: ya estás libre de él. ¡No te lo impondré nunca ya, pierde

cuidado! ¡Al fin, vas a poder respirar! ¡No más molestias! ¡Se acabó! ¿No me das las gracias?

IRENE (*después de una pausa*)

Santiago, ¿no tienes nada más que decirme?

SANTIAGO

No; nada más, en verdad. Creo que nos hemos dicho todo cuanto podíamos decirnos... La situación ha quedado muy clara, ahora. Harás lo que quieras... (*Coge el sombrero y el abrigo.*) Me da igual. ¡Buenas tardes! (*Sale. Ella le sigue con los ojos, sin moverse, con la mirada dura, y permanece allí por unos momentos, esperando que volverá, quizá. Luego se sienta, pensativa, con la frente apoyada en la mano. Josefina, la doncella, aparece por la derecha, llevando unas flores envueltas.*)

IRENE

¿Qué es esto?

JOSEFINA

Unas flores para la señora, que acaban de traer. (*Las entrega a Irene, que desenvuelve el papel. Es un ramo de violetas como el del primer acto.*)

IRENE (*después de haber contemplado las violetas en silencio*)

¿Quién las ha traído?

JOSEFINA

El florista, señora.

IRENE

¡Ah! (*Pausa.*) ¿No venía con ellas ninguna carta, está usted segura?

JOSEFINA

No, señora; nada.

IRENE

Está bien, Josefina; gracias. (*La doncella sale. Irene continúa contemplando las violetas. Poco a poco, sus ojos se van llenando de lágrimas. Se acerca el ramo al rostro, lo roza con los labios y lo pone sobre su mejilla. Su mirada, tornándose dura, se vuelve por un instante hacia la puerta por donde Santiago ha salido; luego, se fija de nuevo en las flores y las contempla largo rato. Por fin, incapaz de resistir más tiempo a la llamada que emana de ellas, se levanta, gana la puerta de la izquierda, se vuelve por última vez, como si vacilase aún, y sale bruscamente. La escena queda desierta algunos instantes; luego, se abre la puerta del foro y aparece Santiago. Se detiene en el umbral, busca a Irene con los ojos, vuelve a cerrar la puerta, se quita el sombrero y el gabán y se sienta ante su mesa, reflexionando. Se oye en este momento el ruido de la puerta de entrada, que se cie-*

rra. Santiago levanta la cabeza y llama suavemente.)

SANTIAGO

¿Irene?... (*Se levanta, va hacia la puerta de la izquierda y llama de nuevo.*) ¿Irene?... (*Entra en la habitación; luego reaparece, sorprendido, y llama. Entra Jorge.*) ¿Ha salido la señora?

JORGE

Sí, señor; en este momento.

SANTIAGO

¡Ah! (*Pausa.*) ¿No ha dicho nada al salir?

JORGE

No, señor.

SANTIAGO (*después de una pausa*)

Está bien; gracias. (*Se sienta. El criado va a retirarse, pero al ver el sombrero y el gabán encima de una silla, vuelve.*)

JORGE

¿El señor no necesita el sombrero y el abrigo? ¿Puedo llevármelos? (*Santiago, absorto en sus pensamientos, no le oye. Al cabo de un momento, levanta la cabeza y ve al criado, que espera.*)

SANTIAGO

¿Qué quiere usted?

JORGE

Preguntaba si podía llevarme el gabán y el sombrero del señor.

SANTIAGO (*después de una pausa*)

No. (*Levantándose.*) Démelos... Voy a salir yo también. (*El criado le ayuda a ponerse el gabán, mientras cae el*

TELON.)

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE
LIBRO EN MADRID, EN LA
IMPRENTA «INDUSTRIAL
GRAFICA», EL XXVII
DE ABRIL DE
MCMXXVII.

EDITORIAL COSMOPOLIS

BRETON DE LOS HERREROS, 6

MADRID

OBRAS PUBLICADAS

	Pesetas
Vicente Blasco Ibañez.—El adiós de Schubert.....	5,00
Paul Morand.—Cerrado de noche..................	5,00
» » Lewis e Irene.....................	5,00
» » Nada más que la tierra........... .	5,00
Anita Loos.—Los caballeros las prefieren rubias......	5,00
Mauricio Dekobra.—Media noche... Plaza Pigalle.....	5,00
Antonio de Hoyos y Vinent.—Cómo dejó Sol de ser honrada.......	5,00
» » » Las playas de Citerea	5,00
Eduardo Bourdet.—La Prisionera.................	5,00
Mauricio Dekobra.—«Rata de cueva», ladrón.......	5,00

PROXIMAMENTE

A. Conan oyle.—El cinturón venenoso.....	5,00
John Erskine.—La vida privada de Helena de Troya....	5,00

EDITORIAL
COSMÓPOLIS



MADRID

Industrial Grá
Reyes, 21-Ma